TEMAS SEXUALES

A. MARTIN DE LUCENAY

maternidad

1'25 PTS.



TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACIÓN SEXUAL

17

A. MARTIN DE LUCENAY

MATERNIDAD

El derecho a ser madre.--La protección de la embarazada.-El derecho del hijo. Los graves deberes de la maternidad. Enfermedades de la primera infancia. Las madres salvajes.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.--APARTADO: 8025.--MADRID

PRIMERA EDICIÓN
MAYO 1938

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

ERNESTO GIMÉNEZ, S. A.—HUERTAS, 14 y 16

PRÓLOGO DEL TEMA

No cabe duda que a medida que nos alejamos de la civilización, o por mejor decir, de la especie humana, se observa con más firmeza el instinto maternal de las hembras de todos los animales. La civilización, la cultura, la educación, o como queramos llamarlo, es bien cierto que tiene la extraña propiedad de embotar, por decirlo así, el instinto de la maternidad, el cual se supedita a múltiples razones o conveniencias puramente artificiales, pero que no por ello dejan de significar su importancia social, moral o económica.

Al referirnos al control de la natalidad, hemos abundado en argumentos de veracidad indiscutible que pueden ser esgrimidos por la mujer como arma formidable para la defensa de sus derechos individuales más íntimos, como son aquellos que se refieren a las funciones sexuales y a sus consecuencias legítimas.

Ahora vamos a prescindir en absoluto de cuanto hemos dicho anteriormente, con el fin de tratar de la maternidad, del derecho que toda mujer tiene a ser madre y de las obligaciones consiguientes a la práctica de este derecho ejercitado con arreglo a las leyes del instinto de reproducción.

La maternidad es un acto de enorme trascendencia, un hecho que encierra la máxima gravedad. La madre, supremo pariente del hijo, tiene sobre la responsabilidad del porvenir del hombre futuro, no sólo durante el tiempo que dura la gestación, sino también en el largo plazo en que el niño precisa de los cuidados y atenciones de quien le ha parido. El hombre, cumplida la misión de fecundar a la hembra, pasa a ocupar un lugar verdaderamente secundario, lo cual ocurre en casi todas las especies animales.

En dichas especies, tan pronto como la hembra siente en sus entrañas los primeros síntomas de la futura maternidad, rechaza con frialdad, con indiferencia o con energía las caricias sexuales del macho, que ya nada tiene que hacer hasta el momento en que sea preciso su concurso para

contribuir al sostenimiento de la prole, como sucede entre los peces y los pájaros. Pero con los humanos no ocurre lo mismo, especialmente entre los pueblos más civilizados, asombrosa paradoja que pone en evidencia la relatividad de los caracteres más prestigiosos de la civilización.

Por otra parte, tampoco la mujer, en la mayoría de los casos, siente desaparecer o atenuarse su impulso sexual, como se observa en las hembras inferiores, sino que por el contrario el estado de preñez determina un aumento de la tensión erótica que alcanza también al instinto del macho.

Los pueblos de más remota historia, los más primitivos, en los que la moderna civilización se ve obligada a abrirse paso violentamente—inhumanamente—, nos ofrecen ejemplos del alto valor que entre ellos representa la maternidad, lo mismo durante el período de gestación que en el de la lactancia. Esto indica también la supervivencia de las costumbres primitivas, análogas a las de las escalas animales inferiores, como lo vemos al observar los fenómenos de periodicidad sexual que forman parte de las costumbres más importantes de ciertos pueblos, verdaderas épocas de celo, de "rut", de oportuna excitación sexual.

Pero la civilización ha destruído todos esos ideales, empequeñeciendo de una manera sistemática lo mismo la maternidad que el porvenir de la raza. Un matrimonio que se ame con todo el ardor de su alma y de su cuerpo y que además anhele fervientemente la felicidad de un hijo, rara vez supedita la sexualidad a los intereses del ser que ya empieza a tener vida en el seno de la hembra. Para que el futuro hombre contase con las máximas garantías de seguridad prenatal, sería necesario tanto como el desamor de sus padres, la anulación de sus instintos sexuales, de sus deseos eróticos. Y esto que es posible entre los salvajes, resulta de muy difícil observancia entre los civilizados. ¿Cuántos abortos no ocurren a consecuencia de unos transportes sexuales inmoderados e inoportunos? Muchos, muchísimos, más de los que los amantes esposos se figuran.

Puede ocurrir que un hombre, un esposo, consciente de los peligros que ésta conducta pueda entrañar para el producto de la concepción, "respete" a su mujer en estas épocas críticas de la maternidad, especialmente durante el embarazo; más también suele ocurrir que la gestante se muestre poco partidaria de tal respeto.

Hablando de la abstinencia sexual, hemos indicado las ocasiones en que debe concedérsele la mayor importancia, y aparte de las prescripciones de

los teólogos, no cabe duda que el embarazo exige la observancia de la castidad bien entendida.

Si la adopción de este método no es muy fácil, ya lo es más la atención que merecen tanto la madre como el hijo durante el primer año de la lactación. Entonces los cuidados son múltiples y complicados, pero si tenemos en cuenta que estos se prodigan de una manera instintiva, veremos que la tarea no es tan pesada como la contención constante del poderoso impulso sexual, tan frecuentemente agudizada, sobre todo en los primeros y los últimos meses del embarazo, que es cuando precisamente resultan más nocivos los contactos carnales.

La protección a las embarazadas y lactantes, tiende siempre a garantizar la más perfecta evolución de la vida del nuevo ser, pero no siempre, ni en todos los pueblos, se presta a este problema la atención que merece. No obstante, allí donde el control de la natalidad se ejerce de una manera inteligente, la maternidad está rodeada de las garantías más insignes, de donde resulta que los hijos se conciben, nacen y crían en el ambiente más favorable, en los medios más racionales, y, por lo tanto, en las condiciones mejores para asegurar el verdadero prestigio de las razas fuertes, sanas e inteligentes.

EL DERECHO A SER MADRE

El instinto de la maternidad.—Concepto moderno.—Madre y no esclava.—Un hijo por el hijo mismo.—Independencia entre la procreación y el amor.—¡Siempre la vieja moral!—Las madres libres.—En Cambodge.—La madre soltera en la civilización.—Conquistas del feminismo.—Su relación con la maternidad voluntaria.—El papel del hombre es secundario.—Responsabilidad femenina.—La protección del Estado.—Razones de derecho natural.—La espada de Damocles.

El noble afán de ser madre, nace con la mujer. Tan pronto como la niña comienza a darse cuenta de las emociones afectivas, sus bracitos tiernos y sus manos torpes abrazan y acarician a la primera muñeca, a la que procura prodigar las mismas ternezas que ella está recibiendo de su madre.

Na cabe duda que este instinto maternal, sentido de una manera vaga e imprecisa, es una gran parte del alma femenina, al menos en los primeros años de su vida, casi hasta llegar a las fronteras de la pubertad. El mismo instinto perdura a través de los años y de la existencia toda, y puede afirmarse que no hay una sola mujer que en el curso de su vida no experimente los más vivos deseos de acariciar a un fruto de su entrañas.

Los que afirman que la mujer moderna huye de la maternidad, de los deberes impuestos por la Naturaleza con el fin primordial de laborar por la perdurabilidad de la especie, están en un error inadmisible, ahora y en todos los tiempos. La mujer no hurta su cuerpo y su alma al cumplimiento de este deber o al ejercicio de tal derecho de una manera natural o instintiva, puesto que ello equivaldría a tanto como negar la feminidad, el "alma mater" que palpita en el fondo de los sentimientos de toda mujer; creo como la Olberg, que toda mujer sana de cuerpo y de espíritu está construída especialmente para la maternidad, aunque no podamos admitir que aquella que quiere substraerse a la función procreadora, mantiene su actitud en vista de su natural incapacidad para ser madre.

Los progresos del feminismo, no cabe duda que han contribuido de una manera harto significativa en la modelación del moderno concepto de la maternidad, ciencia que empieza a comprenderse en nuestros propios tiempos, como si fuese otra expresión más de la poliforme revolución del siglo. Como dice Dora Russell, esta evolución no sigue por las rutas que desearían los moralistas y los que viven más a gusto con los convencionalismos y artificiosidades que con arreglo a las normas naturales y lógicas.

Es cierto que la maternidad moderna tiende a desafiar al sentimentalismo y a ridiculizar todo aquello que signifique sacrificios innecesarios: la maternidad de hoy, no se contenta con padecer y someterse a las imposiciones y tiranías de la vieja moral, sino que tiene exigencias muy lícitas que permanecieron silenciosas e inexpresivas multitud de siglos en gracia a esa debilidad característica, más o menos artificial, del sexo femenino, obligado a sucumbir de continuo a las influencias de las leyes morales amañadas por los hombres con vistas a su conveniencia exclusiva.

Antes, hasta hace bien pocos años en los pueblos más adelantados, la mujer que no se resignaba a ser una máquina de parir un hijo cada año difícilmente podía contar con el aprecio sincero de la sociedad hipócrita y el beneplácito del confesor. Esta maternidad obligatoria, llevaba consigo la repugnancia que entrañan todas las obligaciones cuando no se ajustan perfectamente a las expresiones libres de la voluntad. Una mujer que paría tres, cuatro, cinco y hasta siete y ocho veces, era una santa en el concepto cristiano, y una bestia inconsciente desde el punto de vista de la apreciación sana y honrada.

Pero en el fondo de su abnegación, de su maternidad estúpida y excesiva, palpitaba un odio escondido, un rencor subterráneo hacia las instituciones, hacia el amor sexual y hacia la misma familia. Toda esa prole numerosa y casi siempre hambrienta, dígase lo que se quiera, no podía suponer jamás una verdadera fuente de alegre felicidad, sino la ciénaga de una resignación triste y llena de renunciaciones.

Esta maternidad plagada de sentimentalismos, ineficaz, absurda y equivocada, hacía de la mujer no una madre, sino una esclava, porque ser "madre" es algo solemne e importantísimo constituído por la inteligencia y por el corazón en la identificación absoluta de ambas energías. La madre de una prole numerosa, será buena, amable, abnegada y sumisa, pero jamás podrá decirse de ella que sea inteligente: si lo fuera, no hubiese parido tantos hijos.

Según los moralistas, la máxima moralidad de una madre está en serlo muchas veces "como Dios manda", esto es, mediante la santificación y la legalización del ayuntamiento carnal. Pero si nos atenemos a lo tratado

en el anterior volumen, veríamos que la moralidad natural de esta conducta incosciente y torpe, dejaba bastante que desear.

En cambio, la madre soltera, será tanto más inmoral cuantos más hijos tenga, si bien es cierto que ésta suele ser casi siempre mucho más inteligente que aquélla, puesto que sabe limitar el número de sus descendientes, bien poseída de la "inmoralidad" de su conducta.

Mas dejemos todas estas consideraciones, necesarias, no obstante, a los hechos que nos ocupan. Si hemos de admitir la libertad de amar sin consecuencias biológicas, puesto que para tener hijos es preciso estar en posesión de una razón bastante más poderosa que la de ignorar los medios para evitarlos, hay que admitir también el derecho que asiste a toda mujer a la satisfacción de su instinto maternal, que viene desde la cuna, no digamos que mediante el matrimonio o la unión legal, sino hasta sin que el amor medie en el asunto. Yo he conocido el caso de una joven soltera y honesta que deseó ardientemente tener un hijo, pero sin necesidad de subordinar sus ambiciones instintivas a la posesión de su cuerpo por un macho. Su educación, sus convicciones, su pudor o lo que fuere, se oponían rotundamente a la "deshonra", a la entrega de su virginidad al hombre que hubiera de fecundarla, de hacerla ese hijo que es lo que única y exclusivamente anhelaba, sin complicaciones sentimentales ni emociones sexuales que no tenían ni el más mínimo atractivo para su temperamento.

El caso, rigurosamente auténtico, presentaba todas las características de un problema sin solución. Esta señorita tenía una hermana que fué muy desdichada en su matrimonio, del que nació un hijo. La criatura falleció a la vez que la madre en un accidente de automóvil, lo que supuso un golpe terrible para la joven, que idolatraba a su sobrino como si fuese su propio hijo. A raiz del desgraciado suceso, su instinto maternal se agudizó, por decirlo así, poco menos que casi hasta el delirio. Unirse a un hombre con el objeto de que la fecundase, no era moral, puesto que no sentía la necesidad de amar sexualmente, y entregarse al primero que pasase por la calle, repugnaba a sus sentimientos o a sus convicciones.

Esta verdadera obsesión de ser madre en tan extrañas circunstancias, arraigó de tal forma en su cerebro, que cuando expuso a unos amigos sus originales teorías, no faltó quienes creyeron que la muerte de la hermana y el sobrino trastornó su juicio hasta ese lamentable extremo. Pero tales suposiciones eran completamente erróneas. Analizado el caso con serenidad, nos encontramos, a lo sumo, con que el instinto sexual está deficientemente desarrollado o no existe, o bien puede ser un ejemplo de castidad exagerada. Pero de todas formas, el instinto de maternidad no cabe duda que

existe completamente aislado, pero actuando enérgicamente sobre los resortes psíquicos.

Por fin, la señorita en cuestión, que acababa de licenciarse en leyes aparte de que poseía algunos bienes de fortuna, consultó con un tocólogo su caso particular, y se procedió a la fecundación artificial valiéndose del gérmen de un hombre elegido por el médico entre los que acudieron a la clínica en virtud de un anuncio insertado en un periódico de San Francisco de California. Los experimentos dieron tan buen resultado, que antes de cumplirse el año la joven abogada era madre de un niño sano y perfectamente constituido que hizo su felicidad.

En esta fecundación artificial el amor no desempeñó el más mínimo papel, ni espiritual ni fisiológicamente, puesto que la madre ignoró en absoluto en qué consistía el placer sexual.

Lo mismo que el amor tiene un derecho perfectísimo a existir independientemente de la procreación, ésta también puede practicarse sin que el amor forme parte de los factores requeridos. Desde luego no es posible afirmar que tal enunciado resulte completamente moral, puesto que biológicamente considerado, el caso se nos ofrece frío, mecánico e innatural; ello es evidente. Ahora bien, cuando ese instinto de maternidad, tan noble, tan legítimo, tan rico en emociones sublimes e incomparables traspasa en el alma de la mujer la edad propicia para dedicar sus ternuras al remedo de un hijo que es la muñeca, ¿ha de estar forzosamente supeditado al matrimonio, a la unión denominada legítima, e incluso al amor sexual?

Muchas mujeres de gran temperamento e imaginación, verdaderas pasionales, llevan su amor por un hombre hasta el extremo de anhelar un hijo "de él", no por el hijo en sí sino por el padre que es a quien realmente se ama. El hijo, aparte de los lógicos sentimientos de la maternidad, no es más que un símbolo, un fetiche, una prolongación del ser tan ardientemente amado.

A pesar de todo este cálculo que preside en la disposición de la mujer, aunque ella crea que anhela el hijo del hombre amado para poder desahogar mejor todo el excedente pasional de su alma, es lo cierto que el instinto de la maternidad es la fuerza única y verdadera de las funciones de todo el organismo psico-físico, con independencia absoluta del amor que pueda inspirar el hombre elegido.

En la mujer, la necesidad de amar, es un instinto también: algo fuerte y potente que con mucha dificultad puede contenerse, en virtud de las consideraciones y trabas morales de la civilización, cuyos artificios no acaban de ser lo suficientemente eficaces para anular en absoluto la expresión irreprimible de esos sentimientos. La solterona—ya van quedando pocas:

son, simplemente, solteras—, la sometida del todo a las imposiciones de la moral y a la influencia de los eclesiásticos, huía del sexo con verdadero horror, aparente al menos. La imperfecta e incompleta función de su glándulas sexuales, cuando la castidad era perfectamente criminal o viciosa, daba el resultado de una estructura moral y física perfectamente angulosa en todos sus aspectos: horror al hombre, antipatía a la humanidad, amor platónico al confesor, devoción mística al santo de turno, y, lo más positivo, dentro de su reducidísima intelectualidad, verdadera pasión por los gatos, los loros o el perrito. La necesidad de amar con la consecuencia naturalísima de las caricias, de la expresión práctica de esos sentimientos, se estrella en estos animales favoritos de las antiguas solteronas que poco a poco van desapareciendo. El tipo eclesiástico de la "mujer iris", no es más que una fantasía poética y admirable que se nos aparece de cuando en cuando en las novelas blanquísimas; en realidad, la mujer que llega a doblar el cabo de las tormentas, modernamente, no ignora el empleo de los más acreditados contraconceptivos, y sabe de todas las caricias del amor perverso cuando para sus desahogos erótico-sentimentales huye de la peligrosa complicidad del varón.

La moral de los pueblos más influenciados por las antiguas tradiciones, no consiente que estos males, que estas verdaderas inmoralidades, tengan un remedio infalible: el amor, cuando menos, a un hijo. En Cambodge, una de las más civilizadas colonias francesas, la maternidad es una cosa, el amor sexual otra y el matrimonio algo bien distinto. En todo caso, la mujer tiene libertad absoluta para ser madre o para negarse a serlo, ya que no sólo es la máxima responsable de sus actos sexuales sino que además ha de arreglárselas, sin auxilio del hombre, para atender a la alimentación, educación y sostenimiento de sus hijos.

El matrimonio en Cambodge, que como casi en todas las sociedades humanas lleva consigo una mayor o menor sumisión de la mujer al marido, no es una institución en la que las mujeres deseen entrar con el ardor que demuestran las tradicionalistas de Occidente, sino que conservan su libertad tanto tiempo como quieren, sin aceptar ni siquiera la protección moral o económica de los hombres.

Es cierto que el instinto de maternidad está más desarollado entre los cambodgianos que en las sociedades supercivilizadas. No obstante, la mujer que anhela ser madre sin someterse al yugo matrimonial o a un compromiso que traiga como consecuencia el predominio del hombre, basa sus deseos en un motivo de cálculo perfectamente lícito y moral. En su salvaje independencia, no experimentó otra sumisión que la debida a sus padres, o a su madre solamente, pero sin complicarse más la existencia. Al amor ma-

ternal, se responde con el amor filial, porque creen estas mujeres que no hay amor más sincero ni menos egoísta que el pueden profesarse madres e hijos, estimando que el padre no ama de la misma manera, sin que haya que reprochársele esta lógica frialdad, ya que el padre no es más que un pariente "por casualidad", pero "sin intención de serlo" y sin el menor interés comparable con la más mínima parte que en tan solemne empresa puso la madre, desde el primer instante de desear la concepción, hasta el final de la crianza del vástago, con todos sus trabajos, sufrimientos y sacrificios. (Lámina I.)

Estas mujeres, inteligentes, laboriosas y honestas, buscan en los hijos el amparo moral y material de su vejez. Atienden a la educación de su prole con todo esmero, iniciándolos en el conocimiento teórico de las cuestiones sexuales tan pronto como llegan a la edad propicia para poder asimilar perfectamente estas importantísimas enseñanzas.

La elección del macho fecundador se hace libremente, aunque algunas veces—¡cómo no!—el factor económico desempeña una misión esencial. El hombre se compromete, mediante el estipendio que se fije, a practicar con ellas el comercio carnal en las ocasiones que la mujer estime oportunas, y por lo general hasta que se presentan los primeros síntomas del embarazo. Después de esto, las relaciones quedan definitivamente rotas, a no ser que la futura madre desee continuar el comercio.

El amor no puede decirse que desempeñe la principal misión biológica; es solamente el instinto maternal la determinante esencial de este sistema, que desde el punto de vista eugénico no deja de estar rodeado de las mejores garantías para la producción de los mejores materiales humanos.

Puede decirse que en Cambodge hay pocas solteras que, gozando de una relativamente buena situación económica, no experimenten el placer de ser madres tan pronto como se encuentran en condiciones físicas para ello. La gran ventaja de esta orientación estriba en que, por ejemplo, a los veinticinco años de edad, una muchacha cambodgiana que dió a luz el primer hijo a los diecisiete, se encuentra con tres descendientes, el menor de dos o tres años, perfectamente criados y en disposición de no necesitar de los inmediatos cuidados de la madre, la cual, en la plenitud de su vida, sigue trabajando para asegurarles una juventud sin escaseces.

Ninguna diferencia de apreciación moral existe entre la madre soltera y la que no lo es, puesto que la paternidad no requiere un apellido ni un responsable, siendo iguales todos los hijos ante la ley y el derecho.

¿Sería posible traer estas costumbres al plano moral de nuestra civilización y nuestra cultura?.... Evidentemente, no. Entre nosotros, la maternidad tiene que estar condicionada a múltiples convencionalismos, empezando por la forma de unión sexual, en la que hacen del matrimonio un artificio que la mujer moderna se resiste a aceptar como tipo armónico del equilibrio sentimental y económico.

Ya conocemos cuál es la terrible situación que se crea la mujer soltera cuando tiene la desgracia de quedar embarazada. Si está empleada en una oficina o presta servicios domésticos, tan pronto como los síntomas del embarazo no pueden ser ocultados, el patrono o los amos empiezan a ponerle el veto. La deshonra, la inmoralidad, la vergüenza y todo ese cúmulo de apreciaciones falaces y brutales, caen sobre la desdichada como un peso abrumador que en lo sucesivo será la principal rémora que entorpezca la marcha de su vida. Aquí está el origen del aborto y la causa del infanticidio, "para ocultar su deshonra", como aún figura escrito en letras de molde en los Códigos de los legisladores fósiles.

En pueblos de moral más desenvuelta y también más práctica, donde los "tabús" sexuales no son más que un motivo de digresión eutrapélica, la madre soltera no sólo cuenta con el respeto de todos sino que también con la protección del Estado. Esto sucede, por ejemplo, en Inglaterra, cuna del puritanismo y baluarte de los últimos románticos, pero que hacen compatible su romanticismo con el lado práctico y utilitario de la existencia. La intensa campaña realizada por las feministas, mujeres perfectamente *femeninas*, aunque hayan sido ridiculizadas en tiempos por los satíricos y gobernantes presentándolas a la mirada del mundo como tipos estrafalarios e insexuados, esa campaña, repito, tuvo la virtud de revelar a los escépticos la tremenda verdad de que los dos sexos contrarios no estaban separados por abismos intelectuales. Una mujer no necesita otra cosa que una libertad natural, libre de prejuicios, para equipararse en sus actividades con el hombre.

La gran guerra que despobló de brazos masculinos el territorio nacional, ya que el hombre apto para manejar un fusil era más útil en las trincheras que en las fábricas, trajo como consecuencia la conquista del campo industrial por la mujer, reducida antes a la actividad del hogar como expresión más legítima de su condición. Pero cuando los gobernantes, moralistas y sociólogos se dieron cuenta de que el trabajo femenino en las fábricas de municiones, fusiles, aeroplanos y demás lindos artefactos destinados a despedazar hombres en el trágico deporte de la guerra, resultaba más barato, más ordenado y más fecundo que el de los hombres, comprobaron que eso de la debilidad femenina no era más que un mito burdo y grosero milagrosamente sostenido durante cientos y cientos de años, en virtud de conceptos y normas completamente artificiales de supervivencia imposible.

La mujer se igualó al hombre; es más: le superó. Consciente de sus deberes, reclamó con igual conciencia el ejercicio de sus derechos, y ni la sociedad, ni la ley, ni la moral se encontraron con fuerza bastante para oponerse a tan legítima demanda. ¿Un hombre podía tener una amante y hacer de su sexo lo que le viniese en gana? ¡Pues en el mismo derecho estaba la mujer, plenamente compenetrada de su responsabilidad sexual!... Por otra parte, lo único que de la sexualidad interesa a los Estados, es la procreación de ciudadanos saludables y aptos, y cuando los poderes quieren, las medidas estatales son suficientes para imponer el respeto hacia lo menos respetable, según el criterio de la moral intransigente.

Todas las mujeres, repetimos, anhelan la maternidad de seres dotados de las mejores cualidades morales y físicas. "No hay mujer—dice Dora Rusell—en la que estos sueños y visiones, no se reproduzcan de cuando en cuando. Y si no se reproducen, dejémosla pasar; no la necesitamos para perpetuar la raza. Y no la engañéis con falsos sentimentalismos u ocultándola los medios de protegerse en caso de no estar resuelta a tener un hijo, para obligarla a ser madre."

Esta brillante escritora inglesa es, esto no obstante, partidaria de la maternidad, pero de una maternidad consciente y responsable desde cualquier punto de vista que se la examine. Afirma también, que tampoco debe ignorarse que aquellas mujeres en las cuales se mantiene el valor para crear, a pesar de que se las da libertad para escoger y de que conocen todos los hechos, son las mejor preparadas para traer niños al mundo y para crear en ellos el entusiasmo y la intrepidez. Dice que las otras pasarán por este mundo llenas de miedo a la vida, "ese miedo del cual ya sufre mucho nuestra sociedad".

No cabe duda que el feminismo acabará por ser destruido precisamente por la maternidad voluntaria. "Los hijos de las mujeres que desean la maternidad con pasión, heredarán los fuertes instintos supervivientes."

La maternidad voluntaria, esto es, consciente y responsable, nada tiene que ver con el hombre, con el padre, después de la fecundación del óvulo por el espermatozoide. Tampoco tiene nada que ver la moral: es una función autónoma de la mujer que satisface un derecho, sin olvidar tampoco que cumple con un deber, pero plenamente convencida de que no practica una obligación. Todas estas circunstancias han de ser aquilatadas justamente y con toda inteligencia. El derecho a ser madre, como todos los derechos, se ejecuta con placer, voluntariamente, con espontaneidad o con cálculo, pero con satisfacción siempre. Los hijos son de la mujer y no del hombre, que sólo piensa en el placer que va a recibir en el acto de la copulación, sin interpretar en toda su grandeza el placer subsiguiente que

sólo está reservado a la hembra, empezando por la saturación de los dolores del parto.

El día que los pueblos y las morales todas reconozcan unánimemente la gran importancia de la buena maternidad, de la maternidad reflexiva, habremos dado un paso gigantesco en los caminos de la cultura. Pero esto no es posible lograrlo por completo sin atender antes a la modificación y a la humanización de las normas morales en uso que condenan a la madre soltera con los más brutales conceptos.

Esa invasión de la mujer en todas las actividades que el sexo fuerte acaparó abusando de su supuesta superioridad, va dando lugar a que ellas se independicen y se aislen más en la torre de marfil de su sexo. Esta consciencia del valor de sus energías, las hace comprender perfectamente que la protección del macho, considerada antes como imprescindible para el robustecimiento de su personalidad moral, no es ahora precisa ni siquiera necesaria y hasta diríamos que tampoco oportuna.

Las razones apuntadas en otros volúmenes al hablar de la libertad sexual de la mujer moderna, van fortaleciéndose más cada día. En España, donde la revolución sexual que empezó a operarse en todo el mundo a raíz de la última guerra, nos llega apenas como un eco extraño, no se conciben ciertas reformas introducidas en otros pueblos en los que el espíritu de las viejas tradiciones dejó paso a las realidades prácticas. Más allá de nuestras fronteras la mujer ha conseguido aislar perfectamente el amor sexual, el matrimonio y la maternidad, tres enunciados que durante muchísimos cientos de años hubieron de marchar al unísono y en una identificación correcta, aunque artificiosa siempre. Hoy los tres puntales de la vieja estructura que a su vez se basaban en la insignificancia intelectual de la mujer, han quedado reducidos conjuntamente a poco más de un recuerdo. El progreso económico de las mujeres más capaces, se ha traducido en el robustecimiento de la capacidad intelectual del sexo debil, responsable y dueño de sus actos.

De aquí resulta, que lo artificial, lo amañado por los convencionalismos y las leyes de la supuesta mejor moral, se ha desechado, se ha despreciado. Lo que forzosamente tiene que sobrevivir, es lo que con uno nace y con uno muere: los instintos. El instinto sexual, elegantizado o estetizado por la civilización y los progresos de la cultura, no ofrece el aspecto grosero de los tiempos primitivos de la Humanidad, en los que forzosamente, si hemos de creer ciegamente en las formas de su creación, el incesto desempeñó un rol imprescindible. El instinto de la maternidad, bien independiente o bien íntimamente relacionado de una manera inconsciente

con el impulso del sexo, no hay duda que palpita en el alma de todas las mujeres con mayor o menor energía.

El instinto sexual puede satisfacerse de muy diversos modos, si bien el camino natural ofrece a su fin, para la mujer, el peligro de la concepción. Y decimos "peligro"—lo que aparentemente pugna con el instinto de la maternidad—, no por el hecho escueto de la maternidad en sí, sino en virtud de los artificios de la moral que se muestra contraria a la maternidad cuando no puede hacerse pública la paternidad responsable.

Si esas prohibiciones morales no tuviesen un inmediato reflejo económico o si el factor económico, prescindiendo de la moral, dependiese solamente de la voluntad de la mujer, no cabe duda que el sexo femenino, en todo o en parte al menos, lograría afianzar perfectamente su máxima responsabilidad de la que habría de poseer una conciencia completa. En este caso, los estadistas no tendrían motivos de inquietud al repasar las cifras de la natalidad y mortalidad infantil.

No obstante, ya hemos visto que el instinto sexual se satisface, porque para ello no se requiere la concurrencia del factor económico, incluso cuando se efectúa la satisfacción por los medios naturales. No importa que la joven sea o no responsable en la total medida de sus actos sexuales: le basta sólo con conocer el empleo de un buen contraconceptivo, y nada más. Pero la maternidad es una cuestión que no se resuelve con la facilidad que se adquiere un condón o se coloca un pesario uterino.

La protección del Estado a la soltera que es madre por su propia voluntad, por obediencia consciente a su instinto sexual-maternal, por conveniencias económicas, por motivos sentimentales o porque, en todo caso, no quiera sacrificar su libertad más allá de lo que requieren los cuidados de sus hijos, es una fórmula legalmente establecida en Rusia y perfectamente tolerada en otros países de moral menos revolucionaria. Así, pues, la maternidad tiende a dignificarse a medida que la mujer se mueve con más desenvoltura en el círculo de sus actividades productivas. Claro es que esta dignificación se nos ofrece más biológica que convencionalmente moral, aunque no cabe duda que el producto de las maternidades libres, esto es, los hijos, es más difícil que estén sometidos a las mismas leyes afectivas de los descendientes de los matrimonios constituídos con arreglo a las normas tradicionales.

Si nosotros hablamos del derecho de la mujer a ser madre, sin importarnos que sea soltera, casada o viuda, sin preocuparnos para nada de su estado civil, facil es comprender que no intentamos abarcar en nuestras teorías a todo el sexo femenino. Pero, no obstante, nuestro afán estriba en hacer comprender la naturalidad absoluta y legítima del hecho de que una

mujer quiera ser madre por el instinto o el placer de serlo, sin someterse a otros convencionalismos ni artificiosidades completamente ajenas al significado verdaderamente *natural* de la cuestión, sin invocar otras razones que las elementalísimas del derecho de propiedad que todo individuo tiene sobre su alma y su cuerpo, en tanto que del ejercicio de ese derecho no se deriven perjuicios o trastornos que vayan a repercutir en los derechos de otros.

La maternidad voluntaria y consciente no perjudica a nadie y beneficia a la Humanidad y a su progreso; por lo tanto, no digamos que deba ser estimulada, porque ello equivaldría a tanto como negar la existencia de uno de los más sólidos principios de la cultura, cual es la familia, institución celular que no es una fórmula nueva, sino que tiene su origen en los hechos primitivos de la especie humana lo mismo que en las razas inferiores de la escala zoológica; pero lo que sí sostenemos, aún en pugna con las más severas apreciaciones de los graves sociólogos y moralistas, es que la maternidad, por el sólo hecho de serlo, ya es algo respetable y sagrado que los hombres no deben discutir ni reprobar aunque estuviese planteada en los términos más chocantes con la misma moral. El solo acto de que una mujer desee un hijo y que, naturalmente, le ame, ya sea como el símbolo de la prolongación de sí misma o del hombre que la fecundó, es más que suficiente, no sólo para hacerla respetable sino para santificarla, si esto es posible, con arreglo a las leyes escuetamente morales de la Naturaleza.

La civilización, repetimos, ha deformado los principios naturales de la importante cuestión; pero la "desmoralización" de la moral artificial, vigorosamente acusada en los pueblos de la vanguardia, tiende a dignificar de nuevo las costumbres volviendo por los métodos ancestrales que se afirmaban en las leyes de la razón incombatible.

Hay quienes se asustan terriblemente ante el espectáculo de las modernas audacias, lanzando sus trenos apocalípticos contra la moral que se derrumba. ¿Pero qué moral es ésa?.... ¿La que condenaba a muerte a la mujer soltera? ¿La que la precipita en los abismos insondables del infanticidio, de la prostitución, de la miseria y la muerte?....

La moral lo quiere todo: la virginidad, la castidad, la maternidad y el equilibrio de la raza en demanda de su máxima perfección moral y física. Pero mientras pierde sus fuerzas en declamaciones estériles y anacrónicas, esgrime la espada de Damocles y asesta sus golpes a ciegas, a lo bestia, sin saber dónde corta su filo ni atenerse a otras leyes que las más inmorales, porque al faltarles una base natural y lógica, ha de sobrarle la injusticia por todas partes.

LA PROTECCION DE LA EMBARAZADA

El puntal de la raza.—La maternidad en las civilizaciones antiguas.—Las reformas renacentistas.—La embarazada, tipo de belleza.—Razones de la decadencia de la maternidad.—Bases de la protección.—El trabajo enemigo de la maternidad.—El ejemplo de los hebreos.—El semen que fortalece al feto.—El descanso durante el embarazo.—La civilización y los nacimientos prematuros.—El problema en Francia.—La maternidad secreta.—El seguro de Maternidad.

La mujer, la madre, es el más sólido y grandioso puntal de la raza humana. La salud, la energía y la inteligencia del hombre futuro está íntimamente ligada no sólo a la salud de la madre, sino a la conducta que observe durante todo el curso de su embarazo, en el que se está elaborando la vida de un nuevo ser.

En tiempos remotos, allá por los comienzos de la civilización de Europa, la importancia de la maternidad asumió caracteres tan graves, que llegó a considerársela como uno de los hechos más transcendentales de la vida. En Roma, pese a la infinita y escandalosa libertad sexual de la época del paganismo, cuando pudiera decirse que no había nada menos digno de respeto que las cuestiones del sexo, la mujer embarazada, casada o soltera, joven o matrona, dama o esclava, era mirada con una mezcla de admiración y gratitud por todo el pueblo. La grandeza de Roma se debía a la fuerza de las armas, y las armas, para ser eficaces, habían de estar esgrimidas por brazos robustos.

Cada mujer embarazada encerraba en su vientre el tesoro de una promesa en que seguir afirmando el poder del Estado. Si nacía varón sería un guerrero, y después, el padre de otros héroes; si era hembra, pariría otros hijos igualmente fuertes. Y tanta era la veneración que inspiraba una gestante, que era costumbre adornar con guirnaldas de hojas y flores el domicilio de la futura madre, contribuyendo todo el vecindario a que la existencia de la embarazada fuese grata, cómoda y bella.

Una embarazada que fuese condenada a muerte no era ejecutada hasta

tanto que no pariese a su hijo, y hasta se procuraba por todos los medios que ignorase la terrible sentencia para que su padecimiento moral no fuese experimentado por el nuevo ser de forma que ello influyese en el equilibrio de su salud prenatal. La prisión de la embarazada no era insoportable más que en lo concerniente a la necesaria pérdida de la libertad; en lo demás, ni castigos, ni reprensiones ni nada que pudiera aumentar su sufrimiento le era aplicado en atención a su estado "interesantísimo" para el porvenir de la raza.

Y en Atenas sucedía otro tanto. El domicilio de la embarazada era algo así como un santuario y un refugio sagrado en el que podían penetrar los delincuentes en la seguridad de que allí no serían aprehendidos hasta tanto que la mujer no diese a luz. Aun en algunos casos, cuando la gestante intercedía por el refugiado, la justicia declinaba su poder en honor de la futura madre, la cual, bien enterada del delito cometido, podía decidir que continuase pesando la pena o que se le aplicase al reo, o bien disponer su libertad, bien entendido que la reincidencia habría de pagarla con la vida.

En otro orden, tanto en Roma como en Grecia, era costumbre que la mujer embarazada recrease sus sentidos en los placeres compatibles con su estado. Se le hacía escuchar música, poesías festivas y épicas, narraciones históricas y cánticos seleccionados, y, sobre todo, se la obligaba dulcemente a que contemplase las obras más bellas de los escultores clásicos, para que la admiración por tan hermosos ejemplares se reflejase en la forma y en la potencia del ser que palpitaba en sus entrañas.

El respeto a la maternidad, repetimos, alcanzaba límites inverosímiles. Aun en las conquistas e invasiones, el conquistador no osaba tocar jamás a una embarazada, porque el hijo que vivía en su vientre, pensaba, lo mismo pudiera llegar a ser un enemigo que un aliado, y aun en la duda había que respetar también los designios de la naturaleza.

Estas costumbres, que más bien eran leyes, prevalecieron muchos siglos en el ánimo de las gentes. Esta admiración y este respeto hacia el gran misterio de la gestación llegó hasta el Renacimiento, aliado a una extraña concepción estética, puesto que la mujer embarazada representaba el prototipo de la belleza. Esta idea parece ser que fué interpretada unánimemente, y una prueba del prestigio estético del embarazo, mejor dicho, de la deformación natural producida por tal estado, la encontramos en la actitud de casi todos los pintores e imagineros del Renacimiento, los cuales pintaban o modelaban a las santas acusando discreta y graciosamente la curva del vientre de las imágenes, perpetuando así lo más bello de la línea femenina.

En este punto, no sabemos si decir que era respeto o era un erotismo respetuoso—si es que cabe la afirmación—el móvil que inspiraban aquellas creaciones artísticas. Indudablemente, el estado de gestación suele producir en muchas mujeres, sobre todo si son delgadas, una expresión y una forma particular, pero que naturalmente tiene su límite en el momento en que la cintura se pierde, esto es, cuando quedan "encintas".

Ahora bien, la forma que presenta el vientre de algunas santas no puede decirse que sea estética, aunque tampoco queremos cometer la irreverencia de pensar en que fuese erótica. No obstante, es posible afirmar que en todos los pueblos se observan vestigios de la atracción sexual ejercida por las embarazadas, y entre los indígenas del Congo, por ejemplo, aun subsiste este ideal desde los tiempos más remotos. He tenido ocasión de ver un ídolo al que invocan las mujeres que quieren ser amadas. Este ídolo, que reproducimos en la lámina II, "quiere" representar el canon más perfecto de la belleza femenina. Como vemos, la cintura ha sido sustituída por una hinchazón uniforme y redonda de toda la región abdominal, y cualquiera que sólo tenga la más ligera noción de la estética en sí, sin complicaciones eróticas, no titubeará en tachar de horrible tan extraño símbolo.

Mas vengamos a un punto esencial de la protección que merece la mujer embarazada para explicarnos perfectamente estas aberraciones de la estética: la práctica del coito en tal estado. La higiene inteligente—que es tanto más instintiva en los seres cuanto menor es su grado de cultura—, establece casi la prohibición absoluta de practicar el comercio carnal durante el período de gestación, en virtud de los daños que pueden inferirse a la madre y al feto. La explicación de estos hechos desde el punto de vista de la psicología sexual es, pues, bien sencilla. Ese temor a causar un daño quizá irreparable, establece la prohibición antedicha de practicar el comercio sexual, actitud que depende de la voluntad, del instinto de protección a la mujer y del de conservación de ella misma, pero que son facultades independientes del impulso sexual, que, lejos de contener ímpetus, no hay duda que contribuyen a exaltarlos o a estimarlos, por lo menos.

Es lo que ocurre con todas las privaciones, sean voluntarias o impuestas: que causan el apetito. El prestigio de que goza la mujer embarazada es un complejo de circunstancias más o menos oscuras y de origen más o menos remoto en la conciencia del ser humano, aunque más acusado en las gentes de los pueblos primitivos.

Por estas razones es por lo que no acabamos de creer completamente en la sinceridad de los pintores e imagineros renacentistas, ya que la deformación del vientre no es una característica perenne en la estructura

femenina. Por otra parte, tampoco tiene nada de particular que esa admiración por la maternidad sirviese para justificar dicha conducta de los artistas, si nos atenemos a la importancia de las influencias religiosas de la época, aunque de todo esto sea permitido deducir un juicio bastante severo sobre el verdadero valor de la virginidad o del ascetismo de las santas mujeres que representaban las obras pictóricas y escultóricas aludidas....

Sea lo que fuere, en los tiempos que se fueron y aun en los actuales, pero entre los pueblos salvajes y aun en las clases más humildes de la sociedad civilizada, se respetó y se respeta a la mujer embarazada bastante más que entre las clases selectas. La primera falta de respeto la comete la propia mujer, incluso cuanto está animada del mejor instinto de maternidad, cuando tiende a disimular su estado, lo que evidencia un indiscutible alejamiento o disconformidad con el ideal renacentista.

El marido o el padre de lo que va a nacer no se ocupa de esta cuestión de tantísima importancia que incumbe esencialmente a la mujer, de donde se deduce que la primera parte de la protección de la embarazada está a cargo de la embarazada misma. Ellis se lamenta de estos contrastes de época cuando dice: "En los tiempos presentes, por ejemplo, vemos que ha nacido y progresado una teoría que discute y hasta niega, tanto en teoría como en práctica, la importancia del hecho, siendo tanto más de lamentar cuanto que esta teoría la apadrinan y aceptan las mismas mujeres."

A nuestro juicio, el eminente tratadista olvida circunstancias muy poderosas que se hace preciso tener en cuenta para comprender las razones, o mejor dicho, las causas que pueden servir de disculpa al sexo femenino o a esa parte de la feminidad que no atiende debidamente a su estado. Hasta la época del Renacimiento nadie puede negar que si la vida estuvo llena de turbulencias políticas o religiosas, la economía de los pueblos estaba establecida sobre bases más naturales y la lucha por la existencia, por lo tanto, no era ni tan dura ni tan sistemática como resulta en los tiempos presentes.

El advenimiento de los hijos, si no respondía a una vehemente ansiedad de los progenitores, tampoco puede decirse que plantease un grave problema de índole económica; esto es evidente. Por razones religiosas, morales—que viene a ser lo mismo—o económicas, la mujer tenía vedados todos los campos de la actividad del hombre, y por lo tanto, al no tener necesidad de someterse obligatoriamente a las disciplinas de un trabajo duro ni constante, estaba en las mejores condiciones para atender a su estado de gestación. Así, pues, la protección de la embarazada era la consecuencia natural de la moral de la época.

Si vamos a admitir como bueno el hecho de la degeneración de la raza, las causas de esta degeneración se contienen en gran parte en la falta de protección a la madre, tanto en la época del embarazo como en las posteriores, hasta que el niño está en condiciones de valerse por sí sólo. Ha ocurrido, sencillamente, que las crecientes necesidades económicas de la Humanidad exigen la aportación de la inteligencia y de los brazos de todos, hombres, mujeres y niños, en demanda del mejor equilibrio económico de la familia. Si antes la embarazada estaba naturalmente protegida, ahora ha de estarlo artificialmente: tal es la diferencia. El placer de tener hijos fué perdiendo sus encantos ante la obligación ineludible de cooperar al sostenimiento de la familia ya creada, a medida que las dificultades materiales de la existencia se iban haciendo más graves.

En virtud de estas circunstancias que ya representaban la larva de las teorías de Malthus, no tardó en difundirse el criterio de los que sostenían que siendo la paternidad un incidente en la vida del hombre, no había razón para que no lo fuese en la existencia de la mujer.

Ellis, refiriéndose al progreso de estas teorías en Inglaterra, dice: "Por una curiosa perversión de la atracción sexual se dejaron las mujeres fascinar de tal modo por todo lo referente a los hombres, que procuraron corregir y hasta olvidar todo lo relativo a su constitución orgánica para semejarse más a ellos, considerando esto como su gloria, siendo así que era más bien su vergüenza, llegando hasta el extremo de tener la misma educación que los hombres, las mismas ocupaciones que ellos y hasta los mismos deportes. Como se ve, esa tendencia fué en sus orígenes un elemento dirigido hacia ese impulso. Fué justa y sensata en tanto se limitó esta escuela a pretender la libertad femenina, enajenada por restricciones injustas, y a solicitar la independencia económica de la mujer. Pero tornóse en perjudicial y absurda cuando, arrastrada por pasiones violentas, pretendió equiparar las mujeres a los hombres, como asimismo es perjudicial y absurdo considerar a los hombres imitando a las mujeres en todo y por todo."

Verdaderamente, Ellis no es un feminista. Algunas veces, como los freudianos, se deja llevar demasiado por la influencia insigne de las razones del sexo. No cabe duda que sería demasiado injusto atribuir las orientaciones de la mujer moderna a una causa puramente sexual, sin tener en cuenta el valor importantísimo de los factores múltiples que entran en la determinación de esta actitud del ser femenino. ¿Habrá necesidad de repetir por enésima vez que todo o casi todo el problema sexual gira en torno de un eje económico?

Yo creo, a pesar de todo, que estas tendencias de la mujer actual, ese

afán suyo por sacudirse el yugo de las tradiciones, abarca por igual a todos los aspectos. Lo mismo que dijimos al hablar del amor sexual, decimos ahora refiriéndonos a la maternidad: que la civilización, con su escuela de progresos de toda índole, si bien es cierto que ha modificado un tanto la estética femenina, no cabe duda que ha fortalecido su carácter, le ha hecho más consciente y más capaz. A poco que nos detengamos en examinar estadísticas veraces, obtendremos el convencimiento de que la mujer actual pare menos que antes, pero lo hace con las garantías más acusadas de su propia personalidad. O sea que "sabe lo que se hace". ¿Y no clamamos en demanda de que la maternidad sea más consciente, de que la mujer "sepa lo que se hace" y a lo que se expone cuando normalmente accede a las exigencias de su impulso sexual?....

Desde el punto de vista biológico, es absolutamente imposible equiparar las obligaciones que la madre y el padre han de cumplir respecto de los hijos, y jamás la mujer ha pretendido sostener tal absurdo. Si la mujer es insustituíble, por decirlo así, para desempeñar las funciones necesarias a la crianza y educación del hijo en los primeros años de su vida, el hombre es fácilmente sustituído en todos los aspectos: no es imprescindible su ayuda o su protección, y para la gran mayoría de las hembras modernas resulta hasta innecesaria. ¿Qué derechos, pues, puede alegar el padre superiores a los de la madre cuando sus obligaciones son incomparablemente de muchísima menor importancia?....

La protección de la embarazada y de la madre ha quedado reducida a una expresión económica todo lo más, cuando el factor no puede ser aportado por ella misma. No cabe tampoco la menor duda de que la mujer no puede decirse que esté completamente preparada para desempeñar las graves funciones de la maternidad si antes de su embarazo no ha ejercitado alguna vocación, no ha luchado con las dificultades de la vida o, en resumen, no ha logrado la plena consciencia de su responsabilidad y de su papel en el mundo.

Pero a pesar de todo, los estadistas no tienen muchos motivos para asustarse ante una posible despoblación, que, por otra parte, obedecería a causas de justicia. Las conquistas económicas de la mujer van apartándola de la maternidad desordenada. Para que la maternidad volviese a sus aspectos primitivos sería necesario que la mujer emplease más tiempo en la conquista amorosa que en la conquista económica, pero sin olvidar que el marido, la mejor conquista económica de la mujer—el amor, si acaso, vendrá más tarde—, invoca también su libertad que prefiere a cualquier disciplina sentimental.

Dice una feminista inglesa, y tiene razón, que la madre obrera—la

que pare soldados, obreros y campesinos—mira actualmente el problema de la maternidad desde su cocina, si es que tiene la suerte de tener cocina, y la mujer que no es obrera, pero que es inteligente, lo ve a través de su inteligencia.

Pero concretándonos al barro fecundo de la humanidad, tengamos serenidad para reconocer que la futura madre que trabaja constantemente, hasta que se presentan los primeros dolores del parto, quedará escarmentada con el primer embarazo y no le quedarán ganas de repetir la brutal hazaña. Y dice Dora Russell: "Para ella el parto no es ni menos doloroso ni más fácil que para una mujer bien cuidada. Al contrario, seguramente es peor, porque la mujer obrera ha estado mal alimentada desde que nació y tiene debilidades y deformidades—una pelvis contraída, por ejemplo—, de las cuales escapa una mujer bien cuidada. Luego siguen teniendo hijo tras hijo, hasta diez u once, viviendo siempre en el mismo cuarto y sin ganar más dinero. La madre trabaja fuera cuando puede para ayudar a alimentar a la familia. Muchas veces el marido la maltrata como castigo por su fertilidad. Y si el marido se muere, ella tiene que trabajar mucho más continuamente o mandar a sus hijos al asilo. En opinión de los obispos, esta mujer merece el "estigma de la Ley del Pobre", y en la opinión de toda persona sensata, lo que hacen por ella los particulares o el Estado lo hacen como una limosna. ¡Si yo tuviera la elocuencia de Hecuba al lamentarse por sus hijos asesinados! El crimen de la guerra ya es bastante horrible: esta carnicería de esperanzas y promesas de vidas humanas es tan negra que el corazón y la inteligencia de toda mujer que ha tenido un hijo deben rebelarse contra ella. Es muy fácil refugiarse en una teoría aristocrática de la vida. Ya se ha hecho muchas veces, y siempre se ha terminado en la guillotina. Son las madres obreras a las que hay que engañar y aterrar para que no empleen sus votos en ayudarse a ellas mismas. Y ellas son las que exigen al Estado el derecho de detener el torrente de hijos, de ilustrar a las madres, de pensionar a las viudas, de enseñar y proteger la maternidad y asegurar la tranquilidad de las mujeres embarazadas durante la crianza; le exigen que construya casas y escuelas y que controle y purifique los alimentos. Este es el problema más serio para las madres y un problema que los políticos de la clase media nunca mencionan, porque para la clase media siempre es fácil obtener alimentos puros y frescos. La madre obrera es la que tiene que arreglárselas con las conservas. Ella no puede destruir el industrialismo que la arrastró a las fábricas; pero puede exigir su derecho a controlarlo en el nombre de la vida y del destino de sus hijos." (Dora Russell, *Hypatia*, traducción de Irene de Falcón.)

Esta escritora inglesa, verdadero campeón del moderno feminismo, ni

dice de más ni de menos en la clara y escueta exposición del magno problema, que sólo preocupa en sus verdaderas raíces a los espíritus fuertes e inteligentes.

En el volumen anterior hemos visto que las mujeres de las clases sociales más elevadas, mejor dicho, a partir de la clase media, no son las que producen más abundante material humano. La procreación, el sostenimiento o el impulso de la fuerza del Estado depende principalmente del proletariado. Ahora bien, la mayor parte de esa prole, en virtud de la desordenada y estúpida fecundidad de la raza, lejos de constituir una promesa feliz, representa una realidad triste e inútil: ya hemos hablado de la mortalidad infantil con cifras espantosas, aterradoras. El remedio está, ni más ni menos, en el control racional de la natalidad. Pero si los moralistas se escandalizan por estas teorías, no queda más solución que aprovechar inteligentemente esa fecundidad de nuestras mujeres, empezando por brindarles cuantas protecciones y auxilios reclamen ellas mismas. ¿Que el sistema es costoso? No hay duda; no todos los Estados pueden sobrellevar tan tremendas cargas. ¿Pero existe, por ventura, otro remedio?....

Queríamos llegar a este punto de nuestra discusión para decir, en definitiva, que en virtud de las lamentables pruebas de la insensata conducta de los procreadores y de la moral oficial, no hay más que dos soluciones: o hacer "obligatorio" el empleo de los contraconceptivos, autorizando de paso el aborto, o someterse de lleno a las prescripciones de la "puericultura", que es la ciencia que se refiere a la reproducción, conservación y mejoramiento de la raza humana, en el amplio sentido que a la palabra dió el inmortal Pinard, modificando la expresión que sólo abarcaba a la cultura intelectual y física del niño, naturalmente después de su nacimiento.

Para parir buenos hijos hay que ser buenas madres, y para ser buenas madres, lo menos que debe garantizarse a las mujeres es un bienestar libre de necesidades y preocupaciones durante su embarazo, especialmente en los tres últimos meses. Esto es mucho pedir, ¿no es eso? ¡Pero es que no se da nada!

Numerosas estadísticas demuestran que, por ejemplo, el número de los abortos en mujeres que honrada y fervientemente desean ser madres es mayor en los distritos o zonas industriales que en aquellas otras donde la mujer no dedica sus actividades a estos trabajos. En la zona fabril de Staffordshire, en Inglaterra, el número de abortos triplica la cifra que se advierte en otras regiones no industriales.

En los medios artificiales de la civilización es donde podemos apreciar con más detalle todas las características de estos fenómenos. No es posible referirse al ejemplo de los pueblos salvajes, donde las mujeres no interrumpen sus actividades por el hecho de estar embarazadas, por la razón sencilla de que al ser natural el régimen de vida, al vivir más en contacto con la naturaleza, las resistencias orgánicas son incomparablemente mayores que las del tipo medio de los civilizados.

Aquí tenemos, por ejemplo, el caso de los hebreos. En las ciudades donde estas gentes habitan apartados de los cristianos se observa una bien destacada uniformidad de complexión lo mismo en un sexo que en otro. Los hebreos constituyen una raza físicamente fuerte y hermosa. Dice Ellis que la superioridad de los niños judíos sobre los niños cristianos, así como el exiguo número que alcanza su mortalidad infantil, "parece ser debida al hecho de que las judías son mejores madres". Otro autor inglés, William Hall, afirma que los niños judíos de las clases pobres eran superiores en peso, sistema dentario y desarrollo general, y parecían menos susceptibles a la infección. "Y sin embargo—agrega—estaban poco aseados, hacían poco ejercicio y el ambiente en que se movían no era muy sano. El secreto está en que estos niños estaban mejor alimentados. La judía embarazada estaba mejor cuidada, y durante su embarazo sólo se cuidaba de nutrir al feto. Una vez nacido el niño, el 90 por 100 eran amamantados, y durante su primera infancia se alimentaban excelentemente con huevos y aceite, pescados, verduras frescas y frutas."

Los israelitas observan costumbres que a veces pueden representar una verdadera contradicción con las normas que estimamos más perfectas. Así tenemos que mientras nosotros sostenemos la existencia de un peligro de provocar el aborto con la práctica del coito en cualquier época del embarazo, especialmente en los cuatro o tres últimos meses, los judíos, adoptando la postura clásica, apenas si cuidan de no ejercer demasiada presión sobre el vientre de la mujer, no por temor a provocar el aborto, sino por comodidad de la embarazada.

Por otra parte, al llegar al sexto mes, tanto la mujer como el hombre atienden a su alimentación de una manera sistemática, comiendo aquellos manjares que más les apetecen. Esto parece natural tratándose de la gestante; pero en cuanto al marido, no es posible, de pronto, explicarse la razón de tan extraña como arraigada conducta. No obstante, el hecho es bien sencillo.

En el fondo del alma de la gran masa israelita late una convicción primitiva basada en que la fuerza de los pueblos está más en el poder físico de sus individuos que en otras razones cualesquiera. Verdaderamente, al menos entre las clases populares, se observa cierta falta de agilidad intelectual, aunque no por ello dejen de ser grandes imaginativos. En virtud de este criterio, siguen de muy antiguo las normas eugénicas más apreciables

y positivas, siendo además una raza prolífica que suma constantemente los productos más vigorosos. La opoterapia, o sea el método terapéutico, esto es, de curación, que se funda en el empleo de los jugos o extractos de las glándulas o tejidos de procedencia animal, puede decirse que es una adquisición muy reciente en nuestra Medicina, si tenemos en cuenta la cantidad de cientos de años que hace que son conocidas sus virtudes por los pueblos más antiguos.

Está suficientemente demostrada la virtud estimulante del licor seminal en el organismo todo de la mujer, a causa de las propiedades de absorción de las mucosas de los genitales internos. Ya hemos hablado también de la importancia que entre los persas se concede a las propiedades terapéuticas de los jugos testiculares, y sabemos que algunos salvajes, cuando ven llegar el ocaso de su vida, ingieren cantidades de licor seminal humano con el fin de ganar terreno a la muerte. Pues bien: los hebreos, conocedores de todo esto, se alimentan mejor durante los tres últimos meses del embarazo de sus mujeres con el fin de que su licor seminal sea más fuerte y para resistir un comercio carnal frecuente con la embarazada, en la ciega creencia de que, por un lado, la mujer se fortalece con la asimilación de los jugos de la glándula macho, y por otro, que el producto de la concepción recibe también esta medicina natural que forzosamente ha de contribuir a su más perfecto desarrollo dentro del seno materno.

¿Qué hemos de decir de todo esto? Seguramente que no les falta razón para observar la ancestral conducta. Entre nosotros no es prudente ni "moral" recomendar a los cónyuges un comercio sexual en estas condiciones con vistas a mejorar el fruto del vientre materno, ya que uno de los principios en que se basa la protección a la mujer embarazada estriba en prescribir la abstención de los placeres carnales. Ahora bien, más atendemos a los inconvenientes del mecanismo del coito—de lo que no se ocupan los judíos—que a las virtudes terapéuticas del licor seminal.

Por lo tanto, cuando el padre y la madre están bien alimentados, y por otra parte, adoptando las necesarias precauciones, ¿no podemos decir que uno de los puntales de la protección, no ya a la embarazada, sino hacia el niño, radica en la práctica más frecuente posible del comercio carnal normal?....

Queda la parte que se refiere al aspecto nervioso de la cuestión. En los primeros meses, los orgasmos repetidos producen convulsiones más o menos fuertes, que al motivar la contracción de los músculos uterinos podrían dar lugar a la ruptura del huevo y, por lo tanto, al aborto. En la primera mitad del embarazo, según la teoría opoterápica, lo ideal sería que el hombre siguiese nutriendo con su semen al organismo femenino, pero

con la condición expresa de que la mujer permaneciese en una actitud absolutamente pasiva. Este es un ideal completamente teórico e imposible de llevar a la práctica. Así, pues, tanto por la madre futura como por el feto que se está constituyendo en sus entrañas, somos partidarios de la abstención total de los goces carnales, ya sean naturales o por medio de la masturbación, puesto que el espasmo nervioso es el mismo y el peligro de las contracciones uterinas no desaparece.

Fuera del aspecto netamente sexual de la cuestión la mujer puede seguir trabajando, entregada a sus ocupaciones habituales, hasta el final del sexto mes. Entonces se impone el descanso de toda actividad mental o física, aunque, como decimos anteriormente, no hay nada que se oponga seriamente a abandonar el régimen de castidad, que hasta puede estimarse conveniente, si hemos de abundar en la opinión de los israelitas.

Acerca de la gran importancia que tiene el descanso durante los tres últimos meses del embarazo, descanso que desde la mitad del octavo hasta el final debe ser absoluto, se han realizado muy interesantes investigaciones por los más célebres tocólogos. Pero esta teoría, muy bella, ¿cómo puede practicarse?.... Este es el problema. No hablamos aquí de las mujeres que por su situación económica pueden permitirse el lujo de no tener hijos o de parirlos rodeadas de toda clase de garantías, desde el descanso en la medida que quieran hasta la asistencia del tocólogo más prestigiosos. Pero, ¿y la mujer que ha de trabajar, que ha de cooperar al sostenimiento de un hogar en el que a lo mejor ya hay dos o tres arrapiezos que, afortunadamente, demuestran en todo momento su hambre devoradora?...

En el Congreso Internacional de Higiene de 1900, los más sesudos congresistas sentenciaron la siguiente lapidaria frase, completamente estúpida: "Toda mujer trabajadora o artesana tiene derecho al descanso durante los tres últimos meses de su embarazo."

¡Y se quedaron tan tranquilos!

No obstante lo ridículo de la conclusión, puesto que no nos enseñaba nada nuevo, comprendieron aquellos señores que no habían descubierto la piedra filosofal y ni siquiera habían vuelto a poner en pie el huevo de Colón.... Una circular a los Gobiernos, unas recomendaciones y ¡a otra cosa!, pero sin nada nuevo. Los congresistas nos dijeron con mucha solemnidad que mientras luce el sol no hay duda que es de día allí donde alumbra.

Claro está que no es misión del médico esta parte esencialísima de la salud de la humanidad, aunque le afecte tan directamente en sus consecuencias. ¿Pero qué puede hacer la ciencia más que señalar los peligros? "No basta decir—escribe un tratadista—que la mujer debe disfrutar

de un descanso prudente durante el período de su embarazo, sino que corresponde a la comunidad toda garantizarla que ese descanso está convenientemente asegurado. Claro es que la misma mujer y su patrón pueden engañar, y aun quizá se ingenien para ello, a la comunidad; pero en ese caso es la comunidad la que sale perjudicada, tanto económica como moralmente, puesto que cuando una mujer da una nueva criatura al mundo en beneficio de la comunidad redunda el registrarlo, vigilando a este efecto al patrón y a la empleada. No seguiremos adelante sin citar las palabras de Bouchacourt: "Hoy en día los azotes de la especie humana—la ceguera, la sordomudez, la degeneración, los nervios, los vicios, el idiotismo, la imbecilidad, el cretinismo y la epilepsia—están más protegidos que las mujeres embarazadas." (Bouchacourt: *La grossesse.*)

Los investigadores de esta materia, como Pinard y otros, han demostrado hasta la saciedad que aquellas mujeres que durante la época de su gestación descansaron durante los períodos necesarios dieron a luz hijos más robustos y sanos que aquellas otras que por obligación o por indiferencia siguieron el ritmo ordinario de sus actividades.

Además de las taras difícilmente remediables que el inocente producto de la concepción puede sacar del seno materno, no cabe duda que hay numerosos peligros que amenazan a la mujer. Afirma el autor citado que sobre todo en los últimos meses hay cierta tendencia a comprimir el útero contra la pelvis, lo que da lugar al nacimiento de niños imperfectamente desarrollados, puesto que por lo general sobreviene el parto prematuro, esto es, antes de tiempo.

El Dr. Letourneux estudió en una ocasión 732 casos de parto en la célebre Clínica Baudelocque, en París, y sus observaciones dieron el resultado siguiente: 137 mujeres, empleadas en ocupaciones fatigosas (criadas, cocineras, etc.), que no descansaron durante su embarazo, dieron a luz niños de un peso proporcional de 3.081 gramos; 115 mujeres, ocupadas en trabajos fáciles y sencillos (modistas, costureras, etc.), que tampoco descansaron durante el embarazo, tuvieron niños de un peso de 3.130 gramos, ligera, pero importante diferencia tanto más cuanto que las mujeres del primer grupo eran robustas y fornidas, mientras que las del segundo eran débiles y delicadas. Posteriormente efectuó otras investigaciones en mujeres que habían descansado durante el embarazo, comprobando que aquellas que se habían dedicado a trabajos pesados dieron a luz niños de 3.319 gramos de peso, en tanto que las acostumbradas a trabajos menos fatigosos tuvieron niños de 3.318 gramos.

La diferencia de ese gramo, por término medio, demuestra la conveniencia del ejercicio físico. "La sociedad—dice Letourneux—debe garan-



MADRES SOLTERAS DE CAMBODGE

La maternidad fuera del matrimonio no es una deshonra, sino la simple satisfacción del más bello instinto femenino. Estas mujeres son madres conscientes, hasta el punto de pagar a un hombre para que las fecunde.

LAMINA I



DIOSA DEL EMBARAZO

Los pintores y escultores del Renacimiento consideraban que la belleza de la mujer era más completa en el estado de embarazo y de esta misma opinión participan los imagineros de ciertas regiones de Africa, al representar a la diosa del embarazo en la forma que reproduce el grabado.

LAMINA II

sar el reposo de la mujer gestante durante una época de su embarazo. Y encontraría el pago y la recompensa de su acción en el aumento de fuerza y vida de los niños que nacieran en estas condiciones."

Ya hemos dicho anteriormente que cuanto mayor es el grado de civilización, mejor dicho, la sensibilidad intelectual de la mujer, más complicaciones parecen surgir, no sólo en torno del embarazo, sino que también en el parto. A principios de siglo, un médico francés decía que "la civilización tiende a acortar el período de gestación y que, en épocas remotas, ese período es fácil que fuera más largo que lo que hoy es."

Un vestigio de esta opinión tan autorizada es fácil que podamos encontrarlo en los Códigos que señalan para la gestación plazos de más de 360 días. En muchos pueblos de Africa y Oceanía, tal vez en los más salvajes, un marido que haya estado ausente hasta más de un año no tiene derecho a decir que el hijo que para su mujer es ilegítimo, si el parto sobreviene al final de lo que nosotros hemos de considerar un plazo demasiado sospechoso.

Ellis abunda también en esta opinión diciendo que la inclinación hacia los nacimientos prematuros, bajo las influencias de la civilización, puede compararse al efecto que produce la doma en los animales. Afirma que la mujer del campo, cuando se transforma en la delicada mujer de la ciudad, necesita una serie de cuidados e higiene que no echaba de menos cuando vivía en el campo, merced a su vigoroso y fuerte sistema nervioso, aunque muchas veces toca las consecuencias del trabajo durante el embarazo, ya en la persona de su hijo, ya en ella misma. "La importancia de esta tendencia de la civilización—añade—hacia los nacimientos prematuros—de que la necesidad del descanso durante el embarazo es una de las causas importantes—está demostrada por el hecho que Séropian cita de que una tercera parte de los nacimientos franceses (32,28 por 100) son prematuros, llevándose poca diferencia de tiempo. El embarazo no es un estado patológico; por el contrario, una mujer embarazada vive en el clima normal de su vida fisiológica; ahora que, por la tensión en que vive, está expuesta al sufrimiendo, al más ligero choque o esfuerzo."

Observando la cuestión por el lado que se quiera, siempre nos encontramos con el hecho indubitable de que la protección a la embarazada, consintiéndola descansar siquiera en los tres últimos meses de la gestación, reduce o anula, por mejor decir, la cifra de los nacimientos antes de finalizar el plazo natural, lo que da lugar a que los niños no vengan al mundo en las necesarias condiciones de resistencia y vitalidad para garantizarle los progresos normales de su evolución. Esta es otra de las causas más signi-

ficadas de las aterradoras cifras de mortalidad infantil de que nos habl
las estadísticas.

Leyboff fué bastante más enérgico en sus conclusiones que otros inve
tigadores. Aun sin dejar de reconocer la existencia de numerosas dificul
des que se oponen a la práctica correcta de este sistema, lo que se deriva
de las condiciones industriales presentes, afirma "que es de urgente nece
sidad "prohibir" a las mujeres, por medio de una ley, que trabajen durant
los tres últimos meses de su embarazo; que asimismo es necesario que e
cada población haya una cantidad destinada a satisfacer las necesidades d
las madres, y, por último, que igualmente es preciso que la mujer en e
estado reciba el mismo salario que ganaba cuando trabajaba".

¡Magnífica idea si los Estados fuesen capaces de saber enfocar los pro
blemas nacionales desde la raíz! Pero casi todos, incluso los que presume
de liberales y supercivilizados, es bien poco lo que han hecho en honor d
las opiniones de los doctores mejor enterados del problema. En Inglaterra
Alemania, Escandinavia, Estados Unidos, etc., se enfocó la cuestión de l
protección a la embarazada de una forma arbitraria e inútil. Lo primero
que se hizo, eso sí, con el mayor entusiasmo, fué fundar hospitales par
parturientas y Casas de maternidad. En los hospitales, que aun funcionan
en los países citados, se atiende a las enfermedades del embarazo principa
mente, pero muy rara vez son admitidas las embarazadas por el solo hech
de estarlo.

En Inglaterra, hasta que Mary Stopes presentó la batalla a la tradici
nal gazmoñería británica, la embarazada soltera no podía penetrar en es
recintos sino después de una minuciosa investigación de sus antecedente
y si había reincidido en el tremendo "crimen" de la concepción, podí
disponerse a parir en el quicio de una puerta o en el banco de un pas
Claro que, en virtud de las práticas del "birth-control", el puritanis
cedió terreno y los moralistas optaron por mirar estas cuestiones sin cr
tales de aumento, ya que se consideraba poco menos que una heroicid
el hecho de que una mujer se decidiese a concebir un hijo cuando tant
mos medios había para evitarlo.

En cambio, en Francia, que es el pueblo de la verdadera democrac
y que además no cuenta con una cifra floreciente de natalidad, las cos
se hicieron de otra manera, pues en vez de crear hospitales, atacó el pr
blema por su base, instituyéndose leyes protectoras del embarazo, de la m
ternidad y hasta de la buena educación de los hijos.

En París existen numerosísimos asilos para mujeres embarazadas, sie
pre repletos, pero sin que una sola mujer, sea de la condición que fue
sea rechazada por falta de plaza.

Una semana antes de la fecha de publicación del presente volumen he tenido ocasión de visitar detenidamente uno de estos "asilos"—yo diría mejor confortables hoteles—, en el que no falta un solo detalle para que la vida de las mujeres acogidas resulte singularmente grata.

Para ingresar en estos centros, la solicitante no necesita otros títulos que haber entrado en el séptimo mes de su embarazo. No importa que sea casada o soltera, ni que sea pobre o disponga de recursos para atender en su domicilio a las contingencias del embarazo y del parto: va a ser madre, y este es su más preciado título. Durante su estancia en el asilo trabaja, mediante una remuneración correcta, en aquella actividad que domine mejor, o simplemente en preparar las ropitas para lo que va a nacer. Un ambiente de absoluta honestidad y respeto se respira en estos centros, como lo más amable y acogedor. Todo, absolutamente todo, es gratuito, y nada se niega a una embarazada si previamente ha sido autorizado por el tocólogo.

La permanencia en el asilo se prolonga hasta que se ha cumplido la "cuarentena" y ya no puede existir el menor peligro para la madre. Durante el tiempo anterior al embarazo, la futura madre asiste a los cursos teóricos de maternidad, donde de una manera sencilla y agradable aprende a practicar todas las operaciones propias de las atenciones que pronto ha de verse obligada a prodigar a su hijito. Si ya ha sido madre, tiene la misión de auxiliar a las matronas encargadas de explicar estos cursos, sin perjuicio de demostrar que conoce prácticamente aquellos menesteres.

Después, cuando la primípara da a luz, el tiempo que ha de estar recluída en el sanatorio no lo pierde tampoco. Las enseñanzas que entonces adquiere ya son superiores, puesto que aprende a conocer los síntomas de las típicas afecciones y molestias del bebé, indicándosela cuáles son los remedios y norma de conducta a seguir. En resúmen, cuando al cabo de los tres meses de permanencia en esta verdadera Casa de Maternidad se incorpora a sus actividades, cuyo puesto en la fábrica, la oficina o el taller se la conserva, la nueva madre se encuentra en las mejores condiciones para atender a su hijo con las garantías de una perfecta maternidad.

No cabe duda que en Francia coinciden el Estado por una parte, el patrono por otra y la educación del pueblo como tercer factor para que pueda afirmarse rotundamente que la protección de la embarazada y de la madre es un hecho que no tiene discusión.

Pero no es esto sólo. Como una prueba más de la magnífica inteligencia de los legisladores franceses, existen instituciones denominadas *Bureaux d'admission secrets*, en los que se atiende a las mujeres que no están casadas, garantizándolas la ley, si así lo desean, el secreto impenetrable de su

maternidad. La embarazada es asistida, tanto en el embarazo avanzado como en el parto y durante el puerperio, en clínicas especiales situadas en el *banlieu*, esto es, los alrededores de París y de otras grandes ciudades francesas. El Estado se preocupa de asegurar la maternidad secreta en forma tal, que sólo por la madre es como puede conocerse la verdad de su estado.

En virtud de estas reformas, que datan de principios del siglo, se notó un enorme descenso en las cifras del infanticidio y el aborto, y por añadidura en las de prostitución, lo cual probaba la enorme eficacia del remedio. Como complemento de la inteligentísima reforma, las leyes no han modificado su criterio respecto de los castigos que se aplican a las infanticidas con todo rigor, y todo unido ha dado como resultado la casi total desaparición de estos delitos, al menos en aquellas poblaciones donde funcionan estas instituciones.

En España, desgraciadamente, nada hay verdaderamente positivo en esta materia. En las Casas de Maternidad, aunque más humanizadas en estos dos úitimos años, se tropieza con innumerables inconvenientes, siendo el principal el presupuesto. El ingreso de las embarazadas está rodeado de inconvenientes y trabas que resultaban bastante más agravadas cuando se trata de mujeres solteras que a toda costa quieren guardar su secreto. A nadie escapará el detalle de que la maternidad fuera del matrimonio, aún se considera entre nosotros poco menos que como un crimen.

Pero prescindiendo de la madre soltera, tenemos, por ejemplo, la obrera, la mujer que ha de presentar un documento donde su pobreza acreditada sea la llave que abra las puertas del asilo. Y del tan cacareado Seguro de Maternidad, no hablemos: el fracaso de los legisladores es bien patente, no tanto por la deficiente estructuración del método como por la incomprensión de las mismas mujeres y el hermetismo económico de los patronos.

Entre nosotros, pues, la protección de la embarazada es escasa o nula. Ese Seguro de Maternidad, para lo que sólo se exige una mínima aportación de los interesadas, debiera ser de la incumbencia del Estado y los patronos, pero secundada la teoría por lo práctico, por el funcionamiento de instituciones perfectamente organizadas. No es nuestra misión hacer hincapié en la crítica de estos inexplicables errores; con señalarlos a nuestros lectores en comparación con lo que en otros sitios se hace, nos damos por satisfechos...

Es lamentable, sí, que estas medidas tan acreditadas en los países más avanzadados en vista de sus óptimos frutos, se miren aún a través de los prejuicios de la eterna moral, puesto que los puritanos ridículos, cuando no criminales, opinan que el funcionamiento de estas instituciones es contrario a las reglas de la castidad (!) y del pudor femeninos, mientras que

por otra parte se quejan amargamente ante el progreso que poco a poco van alcanzando los contraconceptivos. Naturalmente, los Estados no opinan lo mismo que los moralistas de profesión, a no ser que el gobernante se deje influenciar por estas teorías, lo que verdaderamente va siendo raro en los tiempos que corren.

Para exigir que la mujer sea madre, aparte lo injusto de la exigencia, es preciso garantizarla los recursos mínimos a que tiene un legítimo derecho. De otra forma, la pretensión resultará siempre perfectamente ridícula e inadmisible.

Hace la friolera de mil y pico de años que hasta los chinos reconocieron la importancia de la puericultura intrauterina. Refiriéndose a la educación del niño, una escritora de tan lejana época, decía lo siguiente: "Aun antes de su nacimiento debe comenzar su educación, y la futura madre, cuando esté echada, debe estar recta; cuando esté sentada, debe estar recta, y cuando esté de pie, debe estar recta también. No debe tener gustos extraños (antojos), ni relación alguna con el espiritualismo; si su alimento no está bien condimentado, no debe comerlo, y si su esterilla no está bien acondicionada, no debe sentarse en ella. No debe ver nada desagradable, ni oir ruido alguno inconveniente, ni proferir palabra malsonante, ni tocar nada impuro. Por la noche estudiará alguna obra religiosa, y durante el día se ocupará en distracciones y música. Y de este modo, sus hijos serán probos y eminentes por su talento y virtudes. Este será el resultado del tratamiento anterior al nacimiento."

Y esto, lector, se sigue observando en China, donde sobra la gente por cientos de millones, y donde se sacrifica a los niños en virtud de la enorme miseria que impera en este pueblo brutal y prolífico, pero que, esto no obstante, se esfuerza en proteger a la mujer embarazada con una abnegación y un interés del que nosotros, gentes civilizadas, no tenemos la menor idea...

EL DERECHO DEL HIJO

Elección de la ascendencia.—Exigencias y obligaciones.—Descanso después del parto.—El derecho de los hijos y el interés del Estado.—Maternidad e imperialismo.—La atracción del hogar.—Sensiblería y positivismo.—Los derechos del hijo en las legislaciones extranjeras.—Ineficacia de los subsidios.—Bases del porvenir de la raza.—El Estado, nodriza.—Consecuencias morales.—La solución es lejana.

En algunas tribus del centro de Africa, las gentes no se rigen por otras leyes que las que se derivan del derecho natural. Así tenemos que un individuo débil, raquítico, impedido o afectado de cualquier dolencia incurable, tiene un derecho perfectísimo a matar a su propio padre en venganza del daño que le infirió al traerle al mundo, "sin que él lo hubiese querido".

Si estos procedimientos expeditivos estuviesen aceptados en la civilización, no cabe duda que disminuiría el número aterrador de heredosifilíticos, heredoalcohólicos, impedidos, hambrientos y locos.

Havelock Ellis dice que el destino de un hombre no está en su vida futura, sino en el pretérito de su existencia. "Esto—dice—, lógicamente pensado, es el más vital de todos sus actos vitales. De aquí que todo niño tenga el derecho de escoger sus antecesores. Claro es que este derecho sólo lo puede ejercitar en lo que respecta a sus padres. El más sagrado deber de un futuro padre es escoger la mitad del ancestral y hereditario carácter de su hijo, e igualmente en la madre es deber sagrado hacer esta elección."

Pero todo esto es muy relativo, y por ello más valiera hablar de la obligación de los padres, que es lo que en definitiva hemos de deducir de la afirmación del citado maestro. El niño no puede escoger sus ascendientes; pero los padres sí pueden elegir y selecionar su descendencia.

Apartándonos de estas hipótesis poco claras, podemos decir que los derechos intrauterinos del hijo consisten en la satisfacción de todo lo que

reclama la embarazada para su comodidad, para su bienestar, para que su embarazo se desarrolle dentro de la normalidad precisa, a fin de que el producto de la concepción nazca fuerte y sano; esto es todo.

La buena madre, cuando siente en sus entrañas los primeros latidos de la vida de su hijo, tiene la obligación de supeditar todo su ser a las necesidades del que palpita en su vientre. Pero ya hemos visto que la mujer, por sí sola, no tiene facilidades, en la inmensa mayoría de los casos, para atender exactamente a la satisfacción de los derechos que su hijo reclama.

Suponiendo que la mujer haya salvado los múltiples obstáculos que surgieron al paso de su embarazo y que el parto se haya realizado felizmente, sin complicaciones ni riesgos para la madre o el hijo, aún son más importantes los derechos que el nuevo ser reclama y más importantes y difíciles las obligaciones que la madre ha de cumplir.

Si durante el embarazo no existió la necesidad de prestar una asistencia inmediata al hijo, puesto que los dos seres, madre e hijo, no formaban más que un solo cuerpo, después del parto resultan en realidad dos cuerpos distintos cuyas necesidades, siendo tan distintas también, no ofrecen la posibilidad de una armonía semejante a la que por fuerza hubo de existir entre las funciones orgánicas de la existencia anterior.

El hijo sigue exigiendo: su vida ha sido creada independientemente de su voluntad, y acaso también con independencia o en contra de la voluntad de sus progenitores. Pero aunque así sea, aunque el hijo no sea más que un accidente de la unión sexual, y en el que no se pensó ni remotamente siquiera en los instantes del delirio gozoso de los sentidos, la madre, máximo responsable, jamás puede aducir un derecho que se oponga a los de su hijo, siempre que no medien otras circunstancias independientes de la voluntad materna.

En primer lugar, como ya hemos visto anteriormente, la madre ha de acceder a las exigencias de su hijo: el descanso después del parto. De este descanso necesario que tanto afecta a la salud de la puérpera, depende que la leche sea buena o mala, que se retire o persista, y, además, que el hijo disfrute de las múltiples menudas atenciones higiénicas y bien ordenadas que se requieren a fin de que sus primeros pasos en la senda difícil de la vida sean firmes y prometedores de un futuro libre de contratiempos lamentables.

Así, pues, casi todo cuanto hemos expuesto de suma necesidad con relación a las reglas higiénicas del embarazo, hemos de aplicarlas al período que sigue al parto. Todas las molestias y sufrimientos físicos de la madre durante la época anterior, continúan durante unos días, hasta que la

evolución de los órganos genitales se verifica de una manera completa. A estas circunstancias hay que añadir otras de índole moral: el amor por el hijo y los infinitos cuidados que reclama el tierno ser, absorben por completo las actividades de la madre que ha de estar pendiente, durante algunos meses, de los varios fenómenos que se operan en el organismo físico de la criatura.

La necesidad del descanso después del nacimiento del niño, no cabe duda que ha sido reconocida y practicada con más exactitud que en la época prenatal. Entonces es cuando la madre comienza a darse cuenta de la gran responsabilidad que ha contraído, puesto que la salud, el porvenir y hasta la vida de su hijo dependen exclusivamente de su conducta. Los cuidados inmediatos, esto es, los que más importan al desenvolvimiento del niño, no pueden ser prestados por nadie, desde el punto de vista de la buena moral y la buena biología, más que por la madre y por la madre siempre.

En muchos países, los legisladores no se han ocupado con el debido interés de las necesidades que la mujer tiene durante su embarazo, quizá porque la gestación no es más que una promesa. Pero como el nacimiento ya es una realidad indiscutible, es la presencia de un nuevo ser en el mundo, instituyeron prescripciones legales tendentes, no sólo a recomendar, sino hasta a hacer obligatorio el descanso de la madre durante un plazo considerado como imprescindible para garantizar el buen principio de la vida del infante.

No obstante, esta protección no acaba de ser completa, pero indudablemente representa un paso gigantesco que terminará en el porvenir por constituir algo perfecto: de ello tenemos el mejor ejemplo en Rusia, y de una forma menos "revolucionaria", en Francia.

Un autor asegura que son muy pocas las dudas que pueden ofrecerse en la completa implantación de esta teoría, si bien todas pueden solucionarse dejando a la discreción del individuo el cuidado de la madre y del niño.

En todas partes se han entablado debates, desde todos los puntos de vista, acerca del derecho de los hijos. Realmente, no cabe duda que el verdadero móvil de estas declamaciones, más o menos fructíferas, no estuvo jamás inspirado en el interés estricto del niño o de la madre, sino en los elevados y egoístas intereses del Estado. El Estado, ya lo hemos dicho en el volumen anterior, necesita hombres y mujeres sanos y fuertes, buenos procreadores que aseguren el aumento progresivo de la población, para que en su día puedan utilizarse estos elementos lo mismo en los campos de batalla que en las fábricas militares. Aun el pueblo que haya hecho los

votos del más acendrado pacifismo, habrá de reconocer esta necesidad imperiosa.

Ellis critica la orientación de los estadistas al decir que si bien hay naciones que han reconocido la necesidad de la educación del niño desde el primer día de su venida al mundo, apenas han reconocido que el problema de la nacionalización de la salud es infinitamente más importante que el de la nacionalización de la educación. En efecto, si nos atenemos al aspecto netamente estatal de la cuestión, veremos que a los Gobiernos no les interesan tanto los hombres educados como los fuertes. Basta con asistir a las sesiones de selección de reclutas para darnos cuenta de las necesidades del Poder público.

Pero mejor que escoger, sería preferible englobar, lo que sólo es posible cuando se reconoce por los gobernantes la imperiosa necesidad de crear hombres fuertes primero e inteligencias sanas después sobre esos cuerpos magníficamente preparados: "Mens sana in corpore sano."

Es completamente ineficaz el sistema de elegir a los hombres a los veinte años de su llegada al mundo; el hombre debe ser elegido tres meses antes de nacer. Esos gimnasios, estadios deportivos, olimpiadas, etc., no son, como en los tiempos de Grecia, para todos los ciudadanos, sino para los más aptos, para los más fuertes y vigorosos. Si en la civilización moderna se atendiera al embarazo de la mujer y a la crianza del niño con el mismo carácter religioso que se atendía en Grecia y Roma, muy otro había de ser el porvenir de la raza.

Italia ha comprendido mejor la importancia insigne de estas atenciones. Desde el momento en que se implantó el fascismo, los Gobiernos dedicaron a este aspecto el interés máximo, reconociendo que de la satisfacción de todos los derechos del niño, dependía el mejor cumplimiento de sus deberes cuando fuese llegada la hora de aportar su esfuerzo individual al sostenimiento de la prosperidad de la patria.

Las leyes protectoras de la maternidad, no cabe duda que están redactadas a tenor con los afanes imperialistas del espíritu gubernamental. Los patronos dicen que es imposible vivir en Italia con las cargas y gravámenes que pesan sobre sus industrias; pero las obreras italianas, en cambio, afirman que ahora da gusto parir, aunque no sea más que por los cuatro o cinco meses de descanso que la ley les concede a todo jornal. Claro es que los resultados económicos del sistema, mientras no existan otras compensaciones, tienen que ser desastrosos; pero el caso importante es que se fabrica mucho material humano, que a los cinco años ya viste camisa negra y a los diez conoce a la perfección el manejo de los fusiles ametralladoras...

Havelock Ellis, en su obra titulada *The mother and the child*—"a madre y el niño"—, dice que este problema ha adquirido singular importancia en naciones de marcado carácter industrial, tales como Inglaterra, los Estados Unidos y Alemania, siendo esto debido a que en tales naciones, una tácita e impalpable tendencia procura subordinar los fines nacionales a los fines individuales, cooperando de este modo al empeoramiento de la raza. "En Inglaterra, por ejemplo—asegura—, esta tendencia ha producido resultados verdaderamente desastrosos. El interés de la mujer empleada tiende a unirse con el de su patrono, y ambos se combinan para desdeñar y abandonar los intereses del niño, que representa la raza, así como para eludir y conculcar las leyes hechas en provecho de esta misma raza, que en definitiva es toda la comunidad. La mujer empleada quiere ganar todo el mayor número posible de salarios con la menor interrupción que pueda. Pues bien; gratificándole y velando al propio tiempo por los intereses del patrono, se solucionará el problema."

Hemos de tener en cuenta que esto se escribía pocos meses antes de la Gran Guerra, cuando tal vez "sobrasen" hombres en los países que después se partieron el alma en la práctica del deporte bélico. Pero ahora, las cosas han cambiado, al menos en esos países, por lo que el niño tiene que agradecer a los promotores de la gran matanza mundial que actualmente se le atienda en sus derechos como es justo.

El mismo autor no se muestra partidario de la invasión femenina en los diversos campos de la actividad económica, cuando condena esta actitud de las mujeres diciendo que su tendencia no es siempre resultado de su situación precaria, y que no dejaría de serlo elevándolas el salario. "Mucho antes del matrimonio—afirma—, apenas salidas de la niñez, se dedica o la dedican al trabajo, y éste constituye para ella una segunda naturaleza. Y a medida que pasa el tiempo, adquiere mayor pericia en su oficio o tarea, logra alcanzar cierta posición grata y tranquila, y gana salarios elevados y relativamente cuantiosos; se encuentra en el lugar de su trabajo entre amigas y compañeras; el ruido y el bullicio del taller y de la fábrica se han tornado en un estimulante agradable, sin el que no puede vivir, o poco menos. Por el contrario, su casa no significa nada para ella: sólo va para dormir y dejarla al día siguiente, de madrugada, o, antes; ignora hasta los más rudimentarios principios de arte doméstico; en una palabra, está en su propia casa como un extraño."

Hasta este punto, el autor se refiere, indudablemente, a la mujer soltera o a la casada que no es madre. Y continúa: "El mero acto del matrimonio no puede cambiar este estado de cosas, y aunque procure y desee ser, una vez casada, mujer casera, se encuentra desprovista, tanto del gusto

como de la práctica para la tarea que le impuso su buen deseo. Y, aun a pesar suyo, se siente arrastrada, pasado que es algún tiempo, al lugar de su trabajo, al sitio donde antes pasaba su vida, sitio que, en realidad, es su verdadera casa, su verdadero hogar."

Hablando solamente de la mujer que no es madre, podemos admitir sin discusiones lo que afirma Ellis; pero no podríamos observar la misma actitud si pretende hacer extensivo su criterio hacia la mujer madre, porque ello equivaldría a querer empequeñecer la importancia de la maternidad, aunque no fuera más que por lo que en la hembra tiene de instintivo.

Una mujer, por irreflexiva que sea, por poco talento que tenga, si queremos decirlo más claro, aunque esté empleada obteniendo el mejor salario, tiene tiempo, desde que se formalizan las relaciones amorosas que terminarán en la unión sexual formal, de pensar en el nuevo rumbo que ha de tomar su vida futura, en la que su libertad anterior ha de quedar subordinada a la obligación que se impone de formar la mitad de un hogar.

No es posible que haya una sola mujer que al contraer matrimonio piense en que su libertad ha de ser la misma de casada que de soltera; no aun en los países más avanzados en esta materia, puede decirse que las cosas ocurran de tal forma. Por otra parte, esa libertad sexual que forzosamente hemos de encomiar, aunque no sea más que desde el punto de vista de la selección, no da lugar a que una vez realizada la unión formal ocurran grandes sorpresas para los cónyuges, sorpresas capaces de llevarlos a la ruptura del vínculo, que, de todas formas, siempre es más fácil que cuando ya existen los lazos anudados por los hijos.

Aun en el caso de que una mujer madre siga ejerciendo las mismas actividades que antes de serlo, el hijo representará para ella el máximo, o si se quiere el único atractivo del hogar, que no cambiaría nunca por la camaradería del taller, la fábrica o la oficina. Además, ya hemos dicho que la mujer de hoy, y esto es innegable, tiene un concepto bien definido de su responsabilidad, nacido precisamente en esa libertad que se deriva de la independencia económica que se ha conquistado a fuerza de trabajo. No cabe duda que una mujer, antes de ser madre, se encontrará en mejores condiciones para serlo si ya se ha enfrentado con la vida, que aquella que no sea capaz de ganarse honradamente el pan de cada día.

Y las tendencias modernas, son éstas y no otras. La mujer que va al matrimonio consciente de sus obligaciones, lo es también del derecho que asiste a sus hijos. No podemos decir que el sentimiento de maternidad esté embotado o anulado como pretenden demostrar muchos antifeministas:

que sucede es que la necesidad de ganarse la vida, la igualdad de derechos de los dos sexos, ha traído como consecuencia que muchas horas que las madres de antes empleaban en acariciar a sus hijos, las inviertan ahora en trabajar, en la noble demanda de garantizar la educación y el porvenir de su prole. De aquí se deduce la conclusión de que los derechos de los hijos se satisfacen ahora con menos sensiblerías, pero con un positivismo más útil que en los tiempos pasados.

En muchos países la mujer recién parida, aunque quiera, no puede trabajar hasta que no haya transcurrido un plazo prudente desde su alumbramiento. En Alemania es obligatorio este descanso durante seis semanas, necesitándose en todo caso un certificado facultativo que acredite que la mujer puede reanudar sus tareas sin temor a que sobrevengan complicaciones por este motivo.

Existe también un seguro de enfermedad, de carácter obligatorio, que abarca al parto y al puerperio, por lo cual se asegura una indemnización equivalente a los emolumentos que hubieran de percibir las mujeres dedicadas a sus tareas, comprendiéndose lo mismo a las madres casadas que a las solteras. Otro tanto ocurre en Austria, cuya legislación en este aspecto está copiada de la alemana.

Tal sistema ha dado por resultado la disminución en las cifras de mortalidad infantil y de las madres a consecuencia de las enfermedades del puerperio, reflejándose además sus beneficios en la *calidad* de los hijos.

En Suiza se consideraba como ilegal, desde 1877, el recibir en una fábrica a cualquier mujer recién parida, a menos que hubiera descansado seis semanas como mínimum después del parto. Desde 1898, las mujeres trabajadoras suizas están protegidas contra las tareas rudas y fuertes durante su embarazo y contra una multitud de influencias igualmente perjudiciales. No obstante, durante mucho tiempo esta protección no fué más que teórica, pero después los Gobiernos cantonales llevaron a la práctica la gran idea de los inteligentes legisladores que iniciaron el sistema.

Por lo general, en los grandes centros donde se ocupan las mujeres, existen las *nurseries* o casas destinadas a los hijos de las operarias, donde son atendidos por empleadas, lo que hace posible que la madre pueda cuidar de la alimentación ordenada de su pequeñuelo en las horas que se les concede para el descanso.

Afortunadamente, en una gran parte del mundo civilizado, siguiendo, paradójicamente, las costumbres de muchos pueblos salvajes, ya hace tiempo que se ha comprendido que es preciso atender y proteger a las madres en beneficio de los derechos del niño, lo que es más importante que la atención de los intereses sociales y económicos de la colectividad. Para esto

ha sido necesario acudir a la única fórmula de solución más eficaz: la subvención o la indemnización. Un autor dice, con indudable acierto, que éste es un problema a resolver entre el individualismo y el socialismo. Aquél no puede menos de reconocer que es de absoluta necesidad introducir una reforma radical en las condiciones sociales que de tal modo ahogan y agobian a la persona individual, y a éste, a su vez, no se le puede ocultar que la sociedad, desde la introducción del orden y del método en cuestión de tan vital e importantísimo interés como es la producción individual, está muy cerca de perecer.

El niño tiene un derecho innegable a que durante el primer año de su vida, por lo menos, se haga todo lo posible porque su constitución sea sana y robusta: negarle esto es un crimen. Si a esto se añade que durante los cuatro años siguientes, hasta el quinto, la alimentación es sana y correcta, llegaremos a la conclusión de que ya se han afirmado los verdaderos cimientos de un futuro hombre.

Dice una escritora, que si la vida nos importara, los mejores alimentos que se consumen irían a parar a las madres que están criando, en vez de ir, como ocurre ahora, a los clubs para los señores gordos y para los que frecuentan los hoteles palaciales, que por lo general, no suelen dar ningún producto francamente útil para el resto de la humanidad.

Para atender a la satisfacción de los derechos del hijo, la madre está obligada a hacer que se reconozca por la sociedad, por el Estado o por quien fuere, que su trabajo, el trabajo de gestar, el de parir y el de criar, es el más duro y también el más abandonado. La teoría sostenida por algunos —y puesta en práctica en algunos países—de que que es al padre a quien hay que aumentar el sueldo o subvencionarle por cada hijo que pare su mujer, no acaba de llenar las necesidades de tan arduo problema. Si bien hemos de considerar que hay muchísimos padres conscientes de sus obligaciones, ha de tenerse presente que existen otros que, de paso que son los amos de la bolsa, sin cuyo consentimiento nadie puede desatarla, no acaban de comprender el alcance de las necesidades de su esposa, que es quien ha parido y cuida a su hijo administrando ese aumento de sueldo a su antojo. Así, pues, el sueldo, la indemnización, pertenece única y exclusivamente a la madre, que es quien la ha ganado.

Otro de los derechos fundamentales del niño, es el de no tener otro hermano hasta que no hayan transcurrido por lo menos dos años desde su nacimiento, y en este orden, hasta pudiera exigir de sus padres un límite de producción. Esta teoría resulta tan inaplicable como el derecho del niño a elegir sus ascendientes, en tanto que la elección y la reproducción depende de los propios padres y no estén controladas por el Poder del Estado u otro semejante puesto al servicio de los máximos intereses de la raza.

Ellis, desde el punto de vista de la psicología de la maternidad, dice que, dado el modo de ser de las modernas naciones industriales, no se puede ni se debe dejar poner en práctica estos errores a la Naturaleza, esto es, a los impulsos de personas ignorantes que viven una vida artificial, en la que el instinto está ahogado por completo. "Nos hemos acostumbrado a creer que las madres pueden ser las mismas que cuiden a sus hijos sin ninguna intervención, y esto es absurdo."

En efecto, a medida que el tiempo pasa, el industrialismo progresa, las necesidades económicas de la colectividad son más serias y el artificio que preside en todos los órdenes de la vida es más patente. Solamente volviendo a los métodos naturales de los tiempos pasados, esto es, cuando las necesidades económicas de la humanidad civilizada estaban más a tono con la naturalidad de la producción, sería posible afirmar que no sólo la maternidad, sino todas las actividades individuales necesarias al sostenimiento y al porvenir de la raza, se desarrollan dentro de los límites debidos de una inteligente perfección.

El mejoramiento de la raza no depende de otras circunstancias más importantes, sino de que los derechos tan legítimos del hijo sean atendidos y satisfechos mediante el reconocimiento de la íntima relación que existe entre la madre y el niño; no hay otra solución. Los que se manifiestan partidarios de resolver tan arduo problema a base de la intervención directa del Estado convertido en *nodriza*, esto es, por medio de la creación de "gotas de leche" o mejor de asilos para niños, sostienen un ideal perfectamente absurdo y completamente limpio de sentimientos racionales.

Lo más sensible del caso es que son muchas las supuestas feministas que abogan en pro de tan estúpida teoría. Desde luego, no es posible que sean o hayan sido madres las mujeres que han podido pensar en que la solución del problema haya de plantearse en estos términos, o sea tendiendo a relevar a la madre de todos sus deberes maternales, lo que equivale a autorizarle a negar a su hijo absolutamente todos los derechos espirituales y materiales cuya satisfacción influirá más directamente en el futuro de su vida.

El procedimiento, que ha sido ensayado en algunos países, no puede resultar más inmoral. Para los Estados imperialistas, a los que puede interesar la producción "en serie" de material humano, puede ser que les convenga este sistema de procreación rápida, siempre que la mujer acceda a parir todos los años. En este caso, el papel de la mujer quedaría limitado

a cambiar unos instantes de placer por diez meses de molestias o de sufrimientos, compensados por la protección económica durante la mitad de ese plazo.

No se llegará jamás—creo yo—a la adopción de este sistema, porque ello sería tanto como reconocer y fomentar la impotencia de la comunidad para el cumplimiento de sus más íntimos deberes que habían de quedar encomendados al Poder estatal, signo evidente de la degeneración moral de toda la raza. "Un Estado que pone en condiciones a las madres—dice un autor—para cumplir sus deberes, es razonable y lógico; un Estado que asume el papel de las madres para satisfacer los derechos del hijo, es absurdo."

Critica a continuación el sistema de las Casas oficiales de Maternidad, aduciendo razones múltiples que no pueden escapar a la mejor comprensión del observador. En efecto, en estas instituciones benéficas, se separa al niño de la madre lo más pronto posible, si bien es necesario que alguien llene las funciones que legítima y obligatoriamente corresponden a aquélla; "el sustituto—dice—debe de estar preparado y educado para este fin, así como cumplir con su deber lo mejor que le sea dado, estableciéndose, como es natural, las relaciones lógicas entre el niño y la madre "postiza", que aunque sienta por él un intenso cariño, como sucede muchas veces, nunca podrá experimentar aquella ternura y delicadeza propias de la verdadera maternidad. Y esto da por resultado que sustituya a la verdadera y real relación otra muy distinta, tanto en el orden práctico como en el económico. Y llegada la edad conveniente, la madre artificial se ve despojada del hijo, que ya consideraba como suyo, y la verdadera madre, cuyos cariños y amores han sido ultrajados, abandonados, desdeñados, pasa por el amargo trance de comprender que para su hijo no es "la madre". ¿No sería mejor para todos que el Estado procurara que aquellas mujeres, cuyo número es crecido, que se prestan y estudian para cuidar los hijos de otras, cuidasen los suyos propios? Y tan sólo las incapaces e ineptas para cuidar a sus propios hijos podían ser destinadas para cuidar los de las demás."

En estas condiciones, no es posible que haya moralidad, ni maternidad ni amor sincero. Si a los Estados les interesa disponer de hombres duros y casi feroces, el procedimiento más adecuado estriba en negar a los recién nacidos la satisfacción de sus derechos. Atendiendo sus necesidades fisiológicas y descuidando las espirituales, no cabe duda que la criatura, desde muy joven, carecerá de esos bellos sentimientos que la madre comunica con sus besos y sus ternuras constantes.

Muchoso son los derechos del niño, pero mal pueden atenderse si no se



EL ANHELO DE SER MADRE

Las mujeres de Madagascar, lejos de disimular su estado de embarazo, se complacen en aparentar todo lo contrario, aunque no estén embarazadas, porque consideran que para la mujer no hay nada más honroso que la maternidad.

LAMINA III



MADRE SALVAJE

El sentimiento de la maternidad está más afinado en los pueblos salvajes que en los medios civilizados. Esta madre africana, que tiene en sus brazos al hijo enfermito, refleja en su rostro el dolor que siente.

LAMINA IV

garantizan los de la madre como punto de partida. Debido a esta adaptación a la vida moderna, a la excitación producida por el excesivo trabajo, por la feroz lucha por la vida, cada vez se hace más difícil la armonía entre los derechos y las obligaciones. El problema es más arduo de lo que parece, y su solución se presenta cada vez más difícil. Por lo tanto, y como resumen, puede decirse que el mal no ofrece las promesas de un próximo remedio...

LOS GRAVES DEBERES DE LA MATERNIDAD

Maternidad y lactancia.—Las diatribas de Rousseau.—Las esclavas de la línea.—La industria criminal de las amas de cría.—Lactación y amor maternal.—Razones psicológicas.—Lo que dicen las estadísticas.—Perjuicios de la alimentación. Composición de la leche.—Los progresos del niño.—El llanto del niño.—La madre, principal intérprete.—Régimen de alimentación.—Lactancia artificial.—La buena nodriza.—El destete.

El principal deber de la madre, tal vez el más sagrado,es el de amamantar a su hijo siempre que no existan impedimentos graves así reconocidos por un facultativo experto.

Los moralistas más severos, aunque no por esto los mejor orientados, han despotricado en todo tiempo contra las mujeres que no daban el pecho a sus hijos, en lugar de enseñarlas los procedimientos más adecuados para realizar esta misión con comodidad, sin el temor de perder la salud y, sobre todo, la belleza, que es lo que más preocupa a la mujer y no desatiende tampoco el hombre.

Pero no vamos a negar las razones fundamentales que asistan a los moralistas para manifestarse en esta actitud rígida, desdeñando las razones secundarias, como son las de la estética, que tanto preocupan a la mujer,para centrar sus críticas en el significado del hecho evidente: que se niega al hijo el más importante de sus derechos.

Uno de los campeones más significados en la condenación de este desvío de los deberes maternos fué Rousseau, quien en el siglo XVIII, cuando entre las gentes de mejor condición social de Francia se puso de moda entregar los hijos a los cuidados de las nodrizas, arremetió rudamente contra tan criminal procedimiento, hasta el extremo de que las mismas aristócratas, volviendo por los fueros de la conciencia recta, tornaron a dedicarse al cuidado de sus hijos como era debido.

En la actualidad, cuando es indiscutible la afirmación de que las

elegantes, las gentes del gran mundo, atienden más a la estética que a la moral, nos encontramos con que, si resucitase Rousseau para atacar nuevamente a estas malas madres, no conseguiría otra cosa que hacer el ridículo. No cabe duda que la maternidad y los deberes que impone a la mujer están tanto más dignificados cuanto menor es el grado de cultura del individuo, aparte el factor económico.

En estas castas en que los viejos blasones o el dinero presentan como "superiores" en la sociedad, no cabe duda que los sentimientos todos, las facultades afectivas en general, no son ni tan sensibles ni tan francas como en las clases menos favorecidas por la fortuna. Una madre rica subordina el hijo a la línea impecable de sus senos; una madre humilde no se preocupa del dencenso de sus senos, con tal de que el hijo de sus entrañas lleve en los colores del rostro y en la fortalezaz de su cuerpecito el blasón preciadísimo del amor verdadero de su buena madre. Los derechos del hijo se supeditan, entre los poderosos, a los caprichos y las puerilidades de la madre, mientras que la madre obrera, la que ha de ganarse el sustento de cada día, encuentra la máxima felicidad en cumplir con todos los deberes que su hijo la impone, sin que jamás repare, al menos en lo que a ella sola afecta, al volumen de su sacrificio.

La moda actual impone "que se lleven" los pechos menudos, planos, casi masculinos, y "sin pezón". Sería cosa de reírse mucho de estas estupideces a las que casi todas las mujeres conceden tan enorme importancia, si no fuese por lo trágico de las consecuencias que se derivan de la adopción de estas imposiciones absurdas, verdaderamente inmorales."Ninguna mujer está sana y es fuerte y completa—dice un autor—, si no tiene pechos suficientemente aptos para llenar sus funciones, cuando llegue la ocasión, y pezones que dar a chupar. La gravedad de esta cuestión está demostrada por la frecuencia con que las mujeres carecen de elemento tan importante de feminidad, y porque los hombres de hoy en día, al tomar esposa, "se casan con una parte de mujer y otra parte de artículos expuestos en los escaparates de las tiendas y con la amplitud de formas de una caña de pescar."

En efecto, tan pronto como la mujer moderna entra en la pubertad, todos sus cuidados se encaminan a "guardar la línea", a conservar el mismo tipo andrógino de la edad prepúber. Los figurines de los modistos han suprimido las curvas ampulosas, estilizando toda la estructura desde la cabeza hasta los pies. En esos tipos inverosímilmente largos, tipos que no existen más que en la imaginación desviada de los dibujantes de figurines, entre los que se encuentra un buen número de psicohomosexuales, no es posible advertir otra cosa que el "estilo", pero jamás un ápice de anatomía real.

Por otra parte, está demostrada la tendencia de la mujer a equipararse en todo lo posible al sexo opuesto, masculinización intelectual y fisiológica que no ofrece, ni mucho menos, la más elemental garantía de futura buena maternidad.

El empleo de fajas y sostenes demasiado oprimidos da lugar a una atrofia prematura de las glándulas mamarias, que difícilmente alcanzan la plenitud de su desarrollo. En estas condiciones, la mujer resulta completamente inapta para desempeñar los primordiales deberes de la maternidad tan pronto como la Naturaleza le señale la ocasión de cumplirlos.

En las mujeres que gozan de buena posición social, estos crímenes contra la capacidad maternal y en beneficio de la estética no asumen los caracteres graves que presentan las clases inferiores. En aquéllas, la lactancia mercenaria por medio de un ama robusta y bien cuidada—que cometió también el crimen abominable de parir un hijo para abandonarle—, asegura, al menos, la vida fisiológica del niño. Pero en la empleada, la obrera, la que hizo compatible su situación económica con las exigencias de los modistos, el problema es de una gravedad aterradora, puesto que la atrofia de las glándulas, la incapacidad de ser buena madre, no puede resolverse de otra forma que recurriendo a la lactación artificial, costosa, antihigiénica, incompleta, y, muchas veces, que es lo más triste, de mortales resultados para la criatura.

En atención a estas poderosas razones, debiera considerarse como un delito el hecho de que una mujer, encontrándose en condiciones para ello, se negase a amamantar a su hijo. Esta circunstancia mereció la atención de los legisladores suecos, quienes establecieron penas bastante severas para las mujeres que no cumpliesen con este sagrado deber de la maternidad, a no ser que una enfermedad o un impedimento análogo fuese la causa del no cumplimiento.

Muchos notables psicólogos han expresado sus enérgicas protestas en este aspecto, pero no puede decirse que los Gobiernos prestasen al asunto la atención que merecía. Unicamente en Francia, en el año de 1910, se estableció la ley denominada de Roussel, por la que se prohibe a toda mujer que se contrate como ama de cría hasta tanto que su hijo no haya cumplido por lo menos siete meses de edad, lo que necesita de una certificación facultativa en la que se diga que el niño puede prescindir de la alimentación materna, pues en otro caso, la madre

no tiene más remedio que seguir atendiendo a su hijo, cuya salud debe importale más que la del ajeno.

En otros países, la industria de las amas de cría se ejerce con toda libertad, y, cosa rara, la Hacienda no se preocupa de los ingresos que pudiera representar para el Tesoro una contribución que acaso fuese más moral y más útil que la que se recauda de los prostíbulos. Por lo menos, este impuesto obligaría a muchas mujeres a ser más castas y mejores madres.

En algunas regiones de España, las mujeres no tienen mejores medios de vida que los que obtienen criando hijos extraños, en tanto que los suyos son diezmados por el hambre y las enfermedades. Tan pronto como han parido, o mejor dicho, antes de parir, ya se han puesto en relaciones con cualquier agencia de colocaciones, y no bien salen del puerperio, nunca bien atendido, toman el tren mixto de Madrid, donde otras malas madres las esperan para que se hagan cargo de los hijos que concibieron por descuido y parieron en virtud de la inutilidad de los esfuerzos y la ineficacia de los procedimientos que emplearon para detener el curso del embarazo.

En estas regiones a que aludo, no puede invocarse la miseria de la tierra como determinante esencial de esta actitud de las mujeres, lo mismo solteras que casadas, aunque en este caso el marido ande por "la América" sufriendo hambres, desprecios y humillaciones de todas clases, hasta que los presupuestos del Consulado del país en que se están muriendo le permitan reintegrarse al terruño. Algunas veces pienso si la causa del despego a la tierra nativa no será una consecuencia del despego a la madre que abandonó al hijo en los días más tiernos de su vida.

He aquí otra de las múltiples razones, ahora psicológicas, de la obligación que la mujer tiene de dar el pecho a sus hijos si quiere evitar ese desafecto lamentable y dramático que cuando el tiempo pase separará a la madre del fruto de sus entrañas, pero no del de su amor y el de sus pechos.

Ya hemos hablado en otro volumen de la importancia de los senos femeninos como foco de atracción sexual, no sólo para el hombre, sino que también para la mujer, aunque no se trate de individuos invertidos o pervertidos homosexuales. Las teorías de Darwin, basadas en un fundamento biológico indiscutible, nos dijeron hace muchos años de las razones primordiales que establecen francas corrientes afectivas entre la madre y el hijo que succiona el jugoso pezón de la madre y

acaricia con sus manecitas la atercopelada superficie de la envoltura de la glándula mamaria.

Prescindiendo de las teorías freudianas, hemos de someternos a la evidencia de otros hechos incuestionables. Un psicólogo de tanta envergadura como Ellis, dice que el pecho, con su pezón extraordinariamente sensible, vibrando en relación con los órganos sexuales, constituye el mecanismo normal del desarrollo del amor maternal. Indudablemente, la mujer que no ha amamantado a su hijo puede quererle, pero este cariño es susceptible de ser imperfecto y limitado, desde el punto de vista del instinto. En algunas mujeres, a quienes sería temerario calificar de anormales, no se despierta del todo el amor maternal hasta que se pone en acción este mecanismo por el acto de la lactancia (1).

Estas emociones subconscientes, puesto que son instintivas y el instinto es superior a las fuerzas de la voluntad, no representan una razón a la que la madre pueda asirse para sentir vergüenza del placer sexual que en ocasiones experimenta, motivado por las succiones de su hijo. Para darse perfecta cuenta de la relación estrechísima existente entre los pechos y los órganos sexuales primarios, basta exponer las siguientes circunstancias: el desarrollo rápido de los senos, al llegar la época de la pubertad; su hinchazón característica durante el período menstrual; su atrofia al llegar la menopausia; la supresión de las reglas durante la lactancia; las contracciones uterinas e incluso el aborto como consecuencia, que pueden ser provocados por la succión enérgica del pezón o la aplicación de sinapismos sobre las glándulas mamarias; la titilación del pezón, que, en muchas mujeres, por no decir que en todas, sobre todo en las de temperamento ardiente, pueden causar las mismas sensaciones del mecanismo perfecto del coito, y, a la inversa, el endurecimiento de los pezones en virtud de las titilaciones practicadas en el clítoris.

Así pues, como ya hemos dicho, no hay duda que los pechos continúan la misión del útero: dentro de éste, se nutrió durante nueve meses, y ya fuera del seno materno, la nutrición perfecta y normal no puede efectuarse de otro modo que mediante la función secretora de las glándulas mamarias.

---

(1) Remitimos al lector al volumen XI de estos TEMAS, titulado *La ciencia de las caricias*, donde se contiene un estudio muy detallado de la importancia de la atracción sexual de los pechos y de la relación de la erótica con la lactación. (Nota del editor.)

Es posible, como sostienen los partidarios de las doctrinas de Freud, que el sublime amor maternal esté formado también por la existencia de ciertas emociones sexuales que la madre recibe del niño, como también el niño ama a su madre por las emociones sexuales que de ella recibe.En esta reciprocidad de sensaciones, puede descubrirse uno de los fundamentos esenciales de este gran amor, que es el más fuerte que experimentamos los humanos.

No es posible que pretendamos aferrarnos al psicoanálisis para demostrar todas las razones psicológicas de estos asertos, y ello por la vaguedad que hasta la fecha hemos de atribuir a unas teorías insuficientemente explícitas y terminantes. Pero, esto no obstante, no cabe duda que el instinto ancestral de la especie nos dice, aunque no queramos comprenderlo así, que esta íntima relación de la madre que amamanta con el hijo que se alimenta de sus senos ha de tener raíces infinitamente más profundas, en cuanto al amor, que las existentes entre los dos seres cuando la relación post-natal no ha sido tan estrecha.

Hay que tener en cuenta otra razón más para abonar en pro de la lactación materna: durante toda la vida intrauterina, el niño se ha mantenido de los jugos suministrados por la madre, en cuya composición entran agentes químicos y orgánicos de un tipo especial, que después han de encontrarse en la leche. Así pues, la diferencia existente entre los dos elementos nutritivos ha de ser escasa o nula, mientras que no puede decirse lo mismo de la relación de los productos alimenticios intrauterinos con los de la leche de otra mujer o la de un animal, que necesariamente no será de equivalencia idéntica.

Por lo tanto, la leche de la madre, estando sana, constituye el alimento perfectamente ideal para el niño, siendo insustituible por la de otra nodriza que no esté elaborada por el mismo organismo que nutrió al feto antes de nacer, aunque preferible ésta a la lactación artificial o a la alimentación por medio de otros productos, que si bien hemos de considerarlos como aceptables, es bien cierto que están expuestos a sufrir alteraciones que pueden dar lugar a que el niño sufra una intoxicación que ponga en grave riesgo su vida o acabe con ella tras de muchos sufrimientos.

Si nos atenemos a los datos suministrados por las estadísticas, veremos que la mortalidad de los niños alimentados artificialmente, antes de cumplir el año de edad, es casi el doble de los que lo fueron por la madre. En una ciudad de Inglaterra se comprobó que el 51,7 por 100 de niños muertos antes de un año fueron alimentados a mano, falleciendo solamente un 8,6 por 100 de los que mamaron del pecho materno.

Por otra parte, los niños alimentados artificialmente son más propensos a las enfermedades de la infancia, y sobre todo a la tuberculosis y el raquitismo, amén de que la dentición resulta también más laboriosa y tardía. Se cita el caso de que en el hospital de Munich, de los 40.000 niños que ingresaron enfermos, 34.400, o sea el 86 por 100, habían sido alimentados artificialmente, y los pocos que habían sido amamantados lo fueron sólo durante corto tiempo.

Todos los tratadistas que han realizado investigaciones detenidas en este aspecto, coinciden en condenar la lactación artificial, demostrando también que en la lactación natural la mortalidad infantil es casi tres veces mayor cuando es mercenaria que cuando la realiza la madre.

¿Qué más hemos de decir respecto de este principalísimo deber de la maternidad?... Amamantar al hijo no es sólo darle la salud del cuerpo, sino también transmitirle en cada gota de leche una parte del espíritu de la madre, de su amor y de su belleza de sentimientos.

Acerca de la parte material de la lactación, es preciso destruir innumerables prejuicios arraigados en el ánimo de las gentes ignaras sobre todo, aunque tampoco se evaden las buenas madres de las clases más educadas del prestigio de estas erróneas creencias. En primer lugar, se cree que la leche, al no ser más que un líquido, carece de propiedades para que por sí sola baste a la completa alimentación del niño, sobre todo más allá de las ocho o diez primeras semanas.

En los pueblos sobre todo, es donde este error cuenta con más devotos. Desde las dos o tres primeras semanas de la existencia del niño, se acostumbra, no sólo a darle de comer, sino incluso hasta hacerle ingerir pequeñas cantidades de vino u otras bebidas alcohólicas. Esta costumbre es de una inconsciencia verdaderamente criminal, y sus resultados se observan en frecuentes trastornos gástricos, que cuando no acaban con la vida del infante provocan dolencias del estómago, que más adelante se traducen en enfermedades graves. En Castilla, por ejemplo, esta sobrealimentación, a todas luces innecesaria y nociva, consiste en una papilla de corteza de pan rallada, hervida con agua, aceite crudo y anís. El principal principio nutritivo lo constituye la corteza de pan, que por sí sola sería indigesta, pero el anís, que obra como digestónico y el aceite como laxante, contribuyen a que la digestión del bolo alimenticio se opere de una forma completamente artificial, sin tiempo a que el organismo del niño pueda asimilar una mínima parte

de las substancias nutritivas que entran en la composición de la papilla.

A fin de que el niño digiera con mayor facilidad esa especie de engrudo, es costumbre de la madre, de la criada o de cualquier mujer que quiera prestar esta ayuda, mascar la papilla antes de dársela al crío. Para conceptuar estos usos como se merecen, no encontramos palabras capaces de reflejar nuestra indignación. De una forma o de otra, cuando no se transmiten al niño los gérmenes de múltiples enfermedades, con este sistema de alimentación apenas si se consiguen otros resultados que originar una dilatación de estómago o cosa parecida.

La madre debe saber, a despecho de lo que le digan vecinas y curanderos, que la leche de mujer es un alimento completo, en cuya composición entran todos los principios que se contienen en las materias que comemos los adultos. Claro es que el volumen de dichas substancias está en relación con la capacidad del organismo que están llamadas a sustentar, y el hecho de que se ofrezcan en un estado perfecto de disolución y mezcla determina que los elementos que componen la leche resulten fácilmente asimilables para el niño.

En la composición de la leche de la mujer entran las siguientes materias, y en la proporción que se indican, aproximademente, tomando mil partes:

Agua	870 a 880 partes.
Azúcar	40 ídem.
Manteca	35 a 40 ídem.
Caseína	45 ídem.
Sales	1,60 a 2 ídem.

Esta es la composición de una leche de buena calidad. La *caseína* es un producto, que por su composición es análoga a la carne fresca, y las sales minerales, semejantes a la sal marina, se agregan a los fosfatos alcalinos que son precisos para la formación de los huesos.

Puede decirse que la leche es una especie de carne diluida, variando su poder nutritivo que depende del estado de salud de la madre, de su alimentación y hasta de la fecha del parto. Suponiendo a la mujer en buena salud y convenientemente alimentada, la leche tiene más poder alimenticio a medida que transcurre el tiempo, maravillosa propiedad que no puede tener ningún otro alimento artificialmente administrado al niño. Así pues, este evidente paralelismo existente entre la capacidad de asimilación y resistencia del organismo infantil y el poder alimenticio de la leche, basta por si solo para afirmar rotundamente que la lactación materna resulta insustituible por cualquier otro procedimiento, y esto prescindiendo de las diversas consideraciones morales que el hecho sugiere.

Si llegaran a instituirse en todo el mundo las Escuelas de Maternidad, las madres adquirirían enseñanzas utilísimas que asegurarían su tranquilidad y la perfecta salud de sus hijos. En los primeros meses de la vida del niño ocurren defunciones que pudiéramos denominar, con toda crudeza, verdaderos parricidios ocasionados por el amor al hijo y por la ignorancia de sus verdaderas necesidades.

El procedimiento más sencillo para comprobar la cantidad y la calidad de la leche que injiere el niño, consiste en pesarle con frecuencia. Al llegar el segundo o el tercer mes, se sabe ya si la madre dispondrá de la necesaria cantidad de leche para asegurar la alimentación del niño hasta su destete o mejor hasta la época en que sea precisa la alimentación mixta, de que hablaremos después. Así, pues, si el niño ha nacido con el peso medio de 3,250 kilogramos, el aumento se notará diariamente al principio, en cuya época—los cuatro primeros meses—ganará de 20 a 30 gramos por día. En los cuatro siguientes, el beneficio normal será de 10 a 20, y en el último tercio de su primer año, sólo viene a ser de 5 a 10 gramos.

Las madres deben ocuparse de comprobar estos progresos, lo que revelará siempre la marcha del niño hacia la consolidación de su vida. Si el crecimiento se realiza de una manera regular, si sus carnecitas son firmes, sus movimientos ágiles y alegres sus expresiones y si después de cada tetada duerme cerca de un par de horas, no cabe duda que el crío marcha perfectamente. Como complemento de comprobación de su buena salud, el hecho de que sus deposiciones sean amarillas, del color de la yema del huevo, constituye la garantía en que una madre puede cifrar su mejor y más íntimo orgullo.

No obstante este perfecto desenvolvimiento del niño, como quiera que no dispone de otros medios de expresión que el llanto para reflejar sus emociones, este es el sistema de que usa y abusa con gran desesperación de la madre, sobre todo si es primípara, que no acierta a explicarse el por qué de ese llorar en que el crío se escuda para pedir lo que desea, manifestar su incomodidad o advertir sus padecimientos.

La madre tiene el deber de interpretar este lenguaje intraductible al principio, pero que a los pocos meses resulta bien claro para una mujer paciente y observadora. El niño grita porque quiere un objeto cualquiera; un cuadro, el reloj de pared, una mosca o la luna que ve brillar

en el cielo; porque tiene frío o siente calor; porque le aprietan las cintas de la braga; porque se nota húmedo, porque quiere pasear, o, la Naturaleza es tan sabia, porque tiene necesidad de ejercitar sus pulmones. Pero si nos atenemos a las pruebas de la buena marcha de su desarrollo comprobada por medio de la balanza y el aspecto de las deposiciones, no será nunca por hambre por lo que llore, si se está seguro de que las tetadas se le administraron correctamente.

Entonces la madre, cuando comprueba que nada hay capaz de callarle, o antes de tomarse la molestia de investigarlo, llevada de su amor le pone el pezón en la boca, y el crío, engolosinado con la leche, calla instantáneamente. Ella cree que esta es la causa única del disgusto del pequeñuelo, y en adelante ya sabe lo que tiene que hacer: darle el pecho. Y no hay nada más equivocado y nocivo que este remedio.

El niño, que no tiene hambre ni lo ha tenido jamás desde que ha nacido, deja bien pronto de extraer un alimento que no le hace falta, y sigue llorando porque se encuentra muy a gusto llorando: nueva tetada. Y vuelta a llorar: más pecho. Y el llanto sigue, pero ahora más agudo, más lastimero... Ya no es un capricho lo que tiene: es una tremenda indigestión. Entonces vomita una substancia verdosa, grumos de leche, leche sin digerir que huele a ágrio, y el vientrecito está duro y timpánico. Paños calientes, fricciones de aceite de linaza, agua de anís y otros remedios más o menos adecuados, tienen la virtud de hacer desaparecer de momento el dolor después de expeler el niño algunas ventosidades, y la madre se queda tranquila.

Sabe la madre que no hay mejor procedimiento que el pecho para hacer callar al crío, y a pesar de todo, incluso desobedeciendo las severas advertencias del médico, estima que no puede hacerle daño una cosa que tiene la virtud de interrumpir su llanto. Y de ahí vienen esas gastritis terribles que debilitan al lactante y se le llevan a la tumba la mayoría de las veces.

El amor maternal se opone muchas veces a la observación serena de las llantinas del pequeñuelo. No se me olvidará jamás la escena que presencié entre dos niños, uno de ellos de dos años y el otro de diez meses. El mayorcito, muy inteligente, tenía una media lengua saladisima, pero que le servía para expresarse con toda claridad. El más pequeñín, sentado en el suelo, lloraba de una forma verdaderamente escandalosa, sin que la madre lograse callarlo a pesar de los diversos procedimientos a que recurrió. Por fin, desesperada la buena mujer, sacó un magnífico pecho y se lo puso a la boca, pero ver esto el mayorcito y encararse con el llorón todo fué uno:

—¡Teta no, bruto, que te dolerá la tripa!

La madre no echó en saco roto la afirmación del increpador, y le preguntó si sabía por qué lloraba. Y contestó:

—¡Pues porque quiere que toque otra vez el auto!

Yo mismo, para comprobar si el chiquillo tenía razón, hice funcionar el "klason" del coche, desde el cual presenciaba la escena mientras esperaba a un amigo, y el efecto fué instantáneo: el chiquillo callo como por arte de encantamiento. Aún permanecí unos minutos haciendo sonar la bocina, hasta que el niño se distrajo de otra forma y yo me cansé de hacer ruido.

Grumberg, un tratadista que conoce a los niños perfectamente, dice que no hay mejor medio para darse cuenta perfecta de las necesidades del lactante, que aprender a discernir en sus balbuceos inarticulados los delicados matices correspondientes a sus primeras necesidades. "El amor, ayudado por un poco de experiencia basta para conseguir esto, que no les parecerá difícil sino a las madres que no amen a sus hijos verdaderamente, si existe alguna en tal caso. Escuchándolo, observándolo con la mirada penetrante de la verdadera madre, que adivina lo que no puede comprender, advertirá bien pronto las diferencias imperceptibles para los extraños, pero tan claras para ella como el lenguaje más perfecto. Si el niño quiere mamar y tiene una real necesidad de alimento, se le verá volver alternativamente la cabeza a derecha e izquierda, lanzando al principio pequeños gritos profundos y sordos que, si no se satisface su deseo, se harán pronto agudos y penetrantes. Si entonces se le da el pecho, la avidez con que chupará y la rapidez de sus degluciones indicarán que era esto lo que quería.

Si, por el contrario, grita dando a su cuerpo movimientos de torsión, procurando replegar sus piernas sobre el vientre, es que tiene un cólico o está mal fajado o que sus pañales sucios le dan una sensación de frío o que se ha cansado de estar mucho tiempo echado en la misma posición; en uno u otro caso y *antes de darle el pecho,* debe la madre ponerlo sobre sus rodillas y desnudarlo completamente ante un buen fuego, y bien frecuentemente este sencillo medio calmará a un niño no apaciguado por ningún otro. Hay que ganar tiempo siempre entre dos tetadas, lo que es un punto de capital importancia.

Esta parte del código de higiene infantil, según unánime acuerdo de los especialistas, se resume así: en los primeros quince días o, según los casos, en las tres primeras semanas, tetadas a voluntad. Durante ese período de su vida, el niño está tan débil y toma tan poca leche cada vez, que le puede amamantar a cada hora y aun a cada media hora,

si está bien fajado, bien limpio, bien caliente y bien acostado, lo que le permitirá echar sueños de tres y de cuatro horas de duración.

A partir de la tercera semana, se debe comenzar a regularizar sus comidas, esto es, a distribuirle la leche a horas casi fijas. No se puede suponer con qué facilidad se establecen en estos organismos delicados los hábitos buenos o malos; así, nunca se recomendará bastante a las madres que empleen desde los primeros días un poco de firmeza, a fin de llegar a espaciar las tetadas, primero de hora en hora, luego, al cabo de un mes, de dos en dos horas, y, al fin, de tres en tres o de cuatro en cuatro horas durante el día, y de seis o siete durante la noche. En esto, como en todo, el principio es lo más difícil; sólo se trata de empezar bien y en tiempo oportuno.

La duración de cada tetada varía necesariamente, de una parte con la edad del niño, y de la otra con la abundancia de la leche; por término medio, ha de ser de diez a doce minutos y no puede pasar nunca de veinte."

Todas estas inteligentes prescripciones, basadas en un profundo conocimiento de las necesidades del niño, apenas si son practicadas por las madres lactantes. Puede decirse que cuanto mayor es el cariño que una mujer profesa a su hijo "peor madre" resulta, desde el punto de vista del médico, sobre todo si se trata de una primeriza.

Si no fuese por la necesidad de preparar el destete, cuando la madre está bien alimentada, tiene leche suficiente en cantidad y en calidad para que su hijo se desarrolle sin necesidad de otro alimento hasta los dos años de edad. Ahora bien, hacia los cinco o seis meses, exceptuando los de calor, si el niño ha echado ya los primeros dientes, se le puede dar cada día docena y media de cucharaditas de un alimento ligero hecho con corteza rallada de pan bien cocido y hervido en agua con sal y azúcar, pero sin la menor cantidad de manteca o grasa, que serían indigestas. La ración puede darse en dos veces, la mitad por la mañana y otra mitad por la tarde. A más del alimento que esto supone, la madre se economiza dos tetadas, lo que influirá, naturalmente, en la mejor calidad de la leche de las tetadas subsiguientes.

En los meses de calor hay que tener especial cuidado en no cargar el estómago del niño, por ser esta época la más peligrosa por la facilidad con que se presentan los trastornos gástricos y las complicaciones de la dentición. A medida que va teniendo más edad, puede irse aumentando la cantidad y la calidad del alimento, pero hemos de recomendar a las madres que en todos los casos se aconsejen del médico. Es preciso ir preparando de una manera bien ordenada los órganos digestivos de la criatura, para que el destete no represente un contraste peligroso con el anterior sistema de alimentación.

Esta es la alimentación mixta, en cuyo "menú" entran la tapioca, la sémola, las harinas lacteadas, huevos, patatas cocidas, etc., pero sin olvidar que hasta los cuatro o cinco meses la saliva del niño carece de la propiedad de disolver perfectamente las harinas.

En la alimentación mixta, entra también la leche de vaca, de cabra o de burra, pero sólo en el caso de que la madre no disponga de la cantidad necesaria para las necesidades del niño. La leche debe administrarse siempre en la proporción y condiciones que prescriba el médico, ya que el procedimiento resulta semi-artificial, y por lo tanto no deja de encerrar peligros que a veces son demasiado graves.

La lactancia artificial es una cuestión que desde los tiempos más remotos ha sido el tema de las discusiones más acaloradas, no sólo desde el punto de vista moral, sino desde el de la higiene. Los tratadistas condenan siempre este método de alimentación del niño, en primer lugar, por lo que significa en relación con los lazos de afecto que deben existir entre la madre y el hijo, y, por otra parte, porque aunque en teoría resulte muy útil el sistema, es bien cierto que requiere cuidados que no todas las madres observan, tanto por ignorancia como por comodidad.

Los puntos capitales fijados para el estudio de la lactancia artificial o con biberón, son los siguientes:

1.º Se designa con el nombre de lactancia artificial el modo de crianza por el cual se da al recién nacido, en lugar de leche de mujer, la de la hembra de un animal mamífero: vaca, cabra o burra.

2.º Resulta de las investigaciones más recientes que en los dos primeros meses de la existencia del niño, debe preferirse a la leche de vaca la de burra, cuya composición es casi idéntica a la de la leche de la mujer.

3.º La lactancia artificial, precisamente por ser artificial, debe practicarse con precauciones más escrupulosas que la del pecho; el régimen del niño se compondrá de leche sola, preparada como se indicará más adelante, "con exclusión absoluta de todo otro alimento", hasta la salida de los primeros dientes.

4.º La lactancia con biberón no será jamás preferida a la del pecho de la mujer, sino sólo aceptada como un recurso; con mayor motivo no será nunca empleada sistemáticamente por las instituciones benéficas, puesto que la vigilancia que exige este modo de crianza no podrá ser ejercida seriamente.

5.º La lactancia artificial no puede ser practicada con probabili-

dades de éxito más que "en el campo y en las ciudades muy pequeñas", y, salvo muy raros casos, por la misma madre o bajo su inmediata y constante vigilancia. En las grandes ciudades y aún en las medianas debe ser absolutamente prohibida.

6.º Será empleado con preferencia a todo otro aparato el biberón de cristal, provisto de un tubo que llegue hasta el fondo del frasco y de un pezón de caucho, no vulcanizado, para la succión; será objeto de la más exquisita limpieza y, a tal fin, se desarmará por completo después de cada aplicación, dejando todas sus partes sueltas, después de lavadas y cepilladas con cuidado, en un vaso lleno de agua fresca.

7.º La elección de la leche es de una importancia capital y será hecha, en cuanto sea posible, por los mismos padres, auxiliados por consejos competentes; la edad de la leche debe aproximarse a la del niño. No se empleará más que el producto de una sola extracción para evitar que el niño tome leches mezcladas.

8.º La leche será calentada al baño de maría o con el agua que había de agregársele, pero nunca expuesta sola, directamente al fuego. Su temperatura ha de ser la del cuerpo. La persona encargada de estos cuidados ha de probar la leche antes de dársela al niño, para asegurarse de que no está agriada.

9.º Durante los primeros meses y, según el estado del niño y la calidad de la leche, se le agregará a ésta—salvo a la de burra, que debe darse pura—una mitad, una tercera o una cuarta parte de agua pura ligeramente azucarada (10 gramos de azúcar aproximadamente por 100 de agua). No se empleará harina de trigo, ni de avena, ni miga de pan, porque estas substancias no tienen ninguna de las propiedades que el vulgo les atribuye y pueden, en muchos casos, agriar la leche.

10. Para evitar en lo posible el enfriamiento de la leche, mientras se da al niño, se envolverá el biberón en un paño de lana.

11. No se intentará jamás nutrir con biberón a un niño nacido en la estación calurosa (junio, julio, agosto y septiembre); la lactancia artificial sólo puede ser iniciada con alguna probabilidad de éxito a partir del mes de octubre. (Grumberg).

Actualmente son muy recomendadas las leches elaboradas, tales como las condensadas, maternizadas y esterilizadas, de las que se muestran enemigos doctores de tanto prestigio como Morat y Doyon, los cuales han llegado a demostrar que esas leches exponen a los niños al escorbuto infantil o enfermedad de Barlow. Es preferible la simple cocción de la leche a 101 grados durante cinco minutis, en la seguridad

de que por este procedimiento no existirán gérmenes nocivos para el niño.

No obstante, en las "Gotas de leche" se facilitan botellines gratuitos o a un precio muy reducido, conteniendo la cantidad necesaria para un biberón. Esta leche suele estar bien preparada, reuniendo las garantías precisas de seguridad, siempre que se administre al niño dentro de las reglas de higiene que los médicos encargados de estos establecimientos indican como imprescindibles.

En cuanto a la lactación mercenaria, que desde el punto de vista moral y fisiológico sólo puede prescribirse cuando la madre no es capaz de cumplir con esta obligación, todo lo que podemos decir se refiere a la elección de la nodriza, que en todo caso debe ejercer su misión cerca de los padres del niño.

Las cualidades que debe poseer una buena nodriza, son las siguientes: dientes blancos y fuertes, encías rojas, cabellos castaños o negros, bella y de buen carácter. La edad mejor, es entre los veinticinco y los treinta años; su salud debe ser excelente, y no ofrecerá síntoma alguno de antecedentes sifilíticos ni escrofulosos; deberá ser sobria en todo y de inteligencia bien desarrollada. Hace más de veinte siglos, un sabio griego describió así el tipo ideal de la nodriza: gran talla, pecho desarrollado, senos firmes y de mediano tamaño, salud perfecta, carácter fácil y jovial, treinta años a lo más, haber sido madre varias veces y ser sensible, pero reservada en cosas de amores. Desde entonces, la ciencia, con todos sus progresos, según un autor, no ha agregado ningún rasgo a ese modelo, más fácil de hallar en la práctica que de imaginar en teoría.

Jamás debe admitirse una nodriza antes de ser objeto de un reconocimiento minucioso por parte de un médico experto. La edad de su leche no será mayor de ocho meses ni menor de cuarenta días. Los senos voluminosos y redondos no son siempre los mejores, siendo preferible los de forma de pera. El hecho de que las venas se adviertan en abundancia con su color azulado característico, como en las tetas de la vaca, es un signo que asegura las buenas condiciones de la nodriza para el fin a que se le destina. El pezón deberá ser grande y saliente, dejando salir la leche a la menor presión. En resumen, todos estos signos no son más que de presunción, pues la verdadera calidad de la leche sólo puede advertirse mediante el pesaje frecuente del niño, teniendo en cuenta que después de haber mamado, quince minutos a lo sumo, su peso debe aumentar entre 60 y 100 gramos, que es la cantidad normal

de cada tetada. En el momento en que la balanza no acuse estos progresos, la nodriza debe ser sustituída.

En todas las formas de la lactación, ya sea maternal, artificial o mercenaria, la duración de ésta viene a ser, generalmente, de un año. Un autor especialista dice que, sin embargo, hay que hacer una importante advertencia relativa, de una parte, a la época del año en que termina el plazo reglamentario, y, de otra, al estado de la dentición del niño.

"Algún médico aconseja—dice—que no se destete a un niño hasta después de la salida de sus cuatro caninos; pero como éstos pueden no aparecer hasta pasados los dieciocho meses, otros especialistas estiman que basta atenerse a la salida de los cuatro primeros molares, y esta es la opinión que prevalece.

En lo que atañe a la estación, habrá menos peligro de destetar prematuramente a un niño en el mes de mayo o en los primeros días de junio, aunque no tenga más de diez meses, que en retirarle el pecho, ya cumplido el año, en pleno calor de los meses de julio y agosto. La más elemental prudencia aconseja entonces prolongar la lactancia durante dos o tres meses.

En todo caso, el régimen que seguirá inmediatamente a la lactancia deberá ser de una composición extraordinariamente severa. Tendrá como base substancias líquidas o semilíquidas: sopas, purés, huevos, leche y productos simples de ésta; se agregará algún pescado y carne blanca, y algún molusco cuando el niño, provisto de todos sus dientes, los pueda masticar y triturar por completo. Se evitará todo alimento con especias o perfumes, para no soliviantar desde el principio las facultades digestivas del niño, cuyo apetito debe ser natural y no excitado por refinamientos gustativos."

Tales son, someramente expuestos, los más graves deberes de la maternidad. La madre que sea consciente de sus obligaciones respecto del hijo que ella ha traído al mundo, sobrellevará estos verdaderos sacrificios con una abnegación y una calma que nunca habrán de serle ingratas, y la recompensa de su conducta será, casi siempre, la salud floreciente de aquel ser que nació de sus entrañas haciéndola conocer los placeres más hermosos de las hembras sanas: los de la sacrosanta Maternidad.

ENFERMEDADES DE LA PRIMERA INFANCIA

La educación de la madre.—Escuelas de Maternidad.—Un servicio obligatorio.—Principio de la dentición.—La ignorancia.—Síntomas de enfermedades. — Bronquitis y gastroenteritis. — Las enfermedades contagiosas. — La herencia. — La madre y el médico.—Cuidados preliminares.—Parricidios por amor.—Efecto negativo de las amenazas.—No hay que asustar a los niños.—Un caso.—Los purgantes.

Por fortuna, la sociedad y el Estado van comprendiendo poco a poco que el prestigio y el porvenir de la raza dependen principalmente de la preparación de la mujer para la maternidad. En España contamos con los centros de Puericultura, donde se instruye a las mujeres acerca de los conocimientos primordiales para el mejor cumplimiento de los deberes que lleva consigo la maternidad. No obstante, el principal obstáculo que se opone a la práctica de estas teorías, está, desgraciadamente, en la falta de interés de las propias mujeres por este signo evidente de cultura y progreso.

En Francia, hacia finales del siglo pasado, se empezaron a crear las Escuelas de Maternidad con el nombre de *Consultations de Nourrissons*, hoy muy extendidas en todo el territorio de la gran República, donde los niños son examinados con todo interés y estudiados sus progresos con mucha frecuencia, en tanto que se aconseja e instruye a las madres, a fin de que los amamanten ellas mismas.

Las primeras Escuelas de Maternidad se establecieron en 1905 en Bonn, en Weissemberg, y en Gante; pero a los pocos años, la reforma se había extendido por Europa y América bajo los auspicios más felices. Según la señora Russell, en la escuela de Gante se iniciaron las enseñanzas dando educación a las muchachas de catorse a dieciséis años, explicándoles anatomía infantil, fisiología, preparación de leche esterilizada, pesaje de los niños, atenciones de los recién nacidos, a tomar-

les el pulso y hasta la sintomatología de las enfermedades de la infancia. Hasta que no han adoptado estas enseñanzas, para lo que se requiere un plazo de dos años, no pueden ganar ningún salario.

En Inglaterra también funcionan estas instituciones lo mismo para madres jóvenes que para las muchachas solteras que quieren asistir a las clases, estando inspirados los programas en los mismos principios establecidos por los iniciadores de las escuelas citadas.

Puede decirse que en casi toda Europa no hay una ciudad populosa donde no funcionen estos centros de enseñanza maternal. Especialmente en Rusia es donde estas instituciones han alcanzado la máxima perfección, considerándolas como verdaderas universidades donde también se aprende a solucionar los diversos enunciados del problema sexual; de esto nos ocuparemos en el volumen correspondiente de estos TEMAS.

Ellen Key, la gran reformadora contemporánea, en su trabajo titulado *El siglo del niño*, así como en otros interesantes estudios sobre el mismo tema, habló hace tiempo de la conveniencia de establecer para las jóvenes un año de "servicio" obligatorio, análogo al que en muchos países se impone a los muchachos. Durante el período de servicio, la joven sería instruída en lo concerniente al cuidado de una casa, los principios de higiene, cuidado de ciertos casos de enfermedad, y, sobre todo, en lo que se refiere al desarrollo físico y psíquico de los niños. Esta proposición ha sido desde entonces, y en principio casi universalmente aceptada. Marie Schmid llego al extremo de aconsejar que el entrenamiento de las jóvenes en estas materias se lleve a cabo en una especie de escuela de partos. El servicio podrá durar un año, pasando entonces las jóvenes a la reserva, donde quedaría, por espacio de tres años más, a disposición de quienes necesitaran sus servicios. Mucho podría decirse a favor de esta interesante proposición, algo más, a mi juicio, de lo que merece el tan elogiado servicio militar obligatorio, pues existen menos probabilidades de que todos los hombres sean llamados a la guerra, que de que las mujeres se vean obligadas a cuidar una casa y educar unos niños, ya para sí, ya para otras personas a quienes las circunstancias de la vida privan de cumplir tan hermosos y gratos deberes. (Ellis.)

Como vemos, la maternidad dejaría de ser un problema de tan difícil solución como lo es hoy para numerosas mujeres, si para todas se estableciese la obligación de educarse debidamente en estas cuestiones. El aspecto más grave de la maternidad, después de haber atendido al embarazo de la forma que más atrás hemos indicado, está en el

desconocimiento de las necesidades de los hijos, lo que a la vez se traduce en enfermedades y es la causa primordial de la mortalidad infantil.

Un trastorno natural, algo que aunque no es una enfermedad se le parece mucho, y que además puede dar lugar a verdaderas enfermedades, es la dentición, consecuencia inmediata del desarrollo del aparato digestivo del niño.

La aparición de los primeros *dientes de leche*, que en el noventa por ciento de los casos es en la mandíbula inferior, se verifica alrededor del sexto mes, pudiendo decirse que, por regla general, acaece entre el cuarto y el noveno. En la aparición de los correspondientes de la mandíbula superior, influyen las condiciones de salud y constitución del pequeño, siendo muy variable el plazo, que puede extenderse de algunas semanas a varios meses. Después de haber salido los de arriba, nacen otros dos abajo, y hacia los diez o doce meses, ya cuenta el niño, normalmente, con diez dientes. De esta forma continúan saliendo incisivos, caninos y molares hasta el número de veinte, en cuya época el niño tiene ya dos años.

Dice un especialista que en el noventa por ciento de los casos, el niño, al echar sus primeros dientes, "está al borde de un precipicio, en el que es muy fácil caer, pero no caerá si no se le empuja, y menos aún si se le sujeta. El mal está en que, lejos de sujetarlo, lo suele empujar, no una mano enemiga o criminal, sino muy frecuentemente la de su misma madre, la nodriza u otra persona de la familia a la que su mismo amor hace imprudente".

La ignorancia de las madres—sobre todo de las primíparas—en esta cuestión, hace que se atribuyan a la dentición trastornos y enfermedades que nada tienen que ver con esta evolución natural del organismo del niño. Desde luego, la dentición contribuye a hacer irritable el carácter del niño, a tornarle "empachoso", desganado y llorón, porque no cabe duda que la salida de los dientes va acompañada de dolores. Si en estas condiciones coge un enfriamiento, especialmente en las estaciones frías, nada tiene de particular que sobrevenga la bronquitis, que en otras ocasiones habría quedado reducida a un simple catarro pasajero. Según dice Grumberg, salvo la fiebre, una fiebre especial de muy corta duración y casi siempre benigna, propia de la dentición, los demás males, cuando se presentan no tienen por causa probable y hasta segura, si se inquiere bien, que un desvío del régimen, una imprudencia, un enfriamiento o cualquier enfermedad in-

génita (lo que los médicos llaman diatesis) que, adormecida hasta entonces, ha sido despertada por la salida de los dientes.

En estas circunstancias, la madre debe ser toda amor, toda ojos y toda abnegación y calma, sin olvidar jamás que de su conducta depende la salud y la vida del niño. Hacia los seis o siete meses, el niño que ha nacido con buena salud, empieza a denotar malestar, llora, nada le distrae como antes, duerme mal, grita repentinamente, no muestra avidez por mamar, muerde el pezón con sus encías y deja la teta a los pocos instantes, etc. A poco que la madre inquiera, si nota que las encías aparecen rojas y ligeramente hinchadas y además se las frota ligeramente, verá que el crío calla y muestra cierto sosiego. No hacen falta más síntomas para convencerse de que los fenómenos de la dentición se han presentado con sus alarmantes caracteres.

Si no se presentan las complicaciones de una verdadera enfermedad, antes de una semana el niño vulve a tranquilizarse, torna la alegría a su semblante, mama con buen apetito... y un día nota la madre un pinchazo agudo en el pezón. Es que el primer diente ha salido, y su punta afilada, como un alfiler, empieza a proporcionarle a la madre amante los deliciosos dolores nuncios de la buena marcha del desarrollo del pequeñuelo.

El segundo diente, y lo mismo los sucesivos, salen después de tan aparatosos síntomas, y a veces sin que el niño lo note, caso verdaderamente excepcional. Por lo común, el niño parece acatarrado, pues su nariz exuda con frecuencia un moco espeso, amarillo e irritante, que se pega con insistencia a las ventanas de la nariz. También la garganta se llena de mucosidades que obstruyen la parte más elevada de las vías respiratorias, y, sobre todo, babean abundantemente hasta empapar una tras otra cuantas prendas se le pongan para evitar que manche los vestiditos.

En virtud de la acumulación de las mucosidades citadas en las vías respiratorias, le ocurre al niño exactamente lo mismo que a una persona mayor que al comer "la entre la comida por mal sitio", esto es, por la tráquea en vez de por el esófago: que tose bruscamente hasta que el obstáculo es expulsado o toma su debido camino hacia las vías digestivas. En todo caso, jamás lo recomendaremos bastante, la madre debe acudir al médico especialista, de quien siempre hay que tener presente que se dedicó a tal especialidad por su verdadero amor a los niños. Nadie mejor que el médico puede ni debe prescribir los remedios adecuados, dejándose las madres de las charlatanerias peligrosas de las vecinas.

Las deposiciones verdes y de olor desagradable, suelen ser consecuencia de una especie de indigestión producida por esas flemas que el niño no sabe espectorar. No cabe duda que esa irritación producida en las vías respiratorias, que pasa después al aparato digestivo, puede traducirse en una bronquitis en las épocas frías y en trastornos gástricos en las estaciones calurosas. La madre debe redoblar sus precauciones tan pronto como advierta la presencia inquietante de estos síntomas, evitando al niño el frío, la humedad, los cambios bruscos de temperatura, las casi siempre mortales corrientes de aire y hasta los paseos acostumbrados si el tiempo no es perfectamente apacible. En el verano, los trastornos gástricos se remedian exceptuando en absoluto todo alimento que no sea la leche, y administrándole ésta con verdadero orden. No importa incluso acortarle la ración por cuatro o cinco días, pues si bien es cierto que el niño perderá peso, no lo es menos que el desórden gástrico, ahora sin importancia, puede traducirse en algo más grave y de funestos resultados muchas veces. En todo caso, si la enfermedad que se temía no llegó a presentarse, la madre habrá hecho todo lo necesario para conjurar el peligro, con lo que ni ella ni su hijo habrán perdido nada.

Otros síntomas que algunos especialistas relacionan con la dentición, pero que otros estiman independientes de este fenómeno, son las erupciones de la piel, conocidas por el vulgo con el nombre de *costras de leche*, que pueden invadir las proximidades de la boca, la nariz y los oídos, aunque también se presentan en el cuero cabelludo y en otras partes del cuerpo. El médico es quien debe atender a la curación de estas costras, que a veces no tienen otros motivos que la herencia, la falta de aseo o una irritación de la piel.

Aparte de la dentición, que como hemos dicho al principio puede compararse a una enfermedad, hay múltiples peligros que se ciernen amenazantes sobre la delicadísima naturaleza del niño que empieza por llegar a la vida desnudo, encontrándose la mayor parte de las veces con el peor enemigo: el frío. La bronquitis en el invierno y la gastritis en el verano, atacan a las vías respiratorias y al aparato digestivo respectivamente. Lo primero, se debe a los cambios bruscos de temperatura o a una levísima corriente de aire, y lo segundo, por lo general, es la consecuencia de lo primero, o sea el catarro intestinal, aunque la mayoría de las veces sea debido a esa ignorancia de la madre que no sabe administrar las tetadas, o creyendo que la alimentación es insuficiente, recurre a una sobrealimentación que en todas las circunstancias, especialmente en los dos o tres primeros meses, tiene que provocar

indigestiones, por no estar preparado el organismo del niño más que para digerir la leche materna, o su sustitutivo adecuado, en las proporciones prudentes.

Aparte de estos medios morbosos, en todos los elementos pululan verdaderas legiones de gérmenes patógenos, millones y millones de microbios que fácilmente penetran en el delicado organismo de la criatura, provocando trastornos y enfermedades contagiosas de lenta y laboriosa curación. La viruela, el sarampión, la escarlatina, la difteria, la tosferina, el tifus, la tuberculosis, etc., son enemigos brutales que hacen su presa en estas tiernas naturalezas de una manera despiadada.

Bien es verdad que durante la lactancia, y sobre todo si ésta la realiza la madre con la savia de sus pechos, las defensas naturales del niño son mucho mayores, y las enfermedades citadas no ejercen su perniciosa influencia. Si a esto se añade una conducta higiénica inteligente, los peligros quedan muy reducidos y bien poco es lo que hay que temer; pero como quiera que hay muchas madres que no conceden importancia a que el niño esté húmedo, a que conserve en la braguita el producto de sus deposiciones durante largo tiempo, a que el niño esté sucio, etc., sucede que pagan su descuido en la moneda más cara y dolorosa para sus sentimientos.

"El hombre—dice un escritor médico—no vive ni puede vivir más que por la transmisión indefinida de su propia existencia. Un instinto irresistible lo impulsa a perpetuar incesantemente su especie. Pero, al continuar así la obra que le legaron sus antepasados, acumula y cultiva en sí todas las enfermedades que le transmitió la herencia con la vida. Si uno de sus antecesores, varón o hembra, padeció gota, jaquecas, asma o algún desarreglo cerebral; si Venus le fué adversa, ninguno de sus males se perderá en la sucesión de los tiempos. Más seguramente que los valores fiduciarios, las rentas, las tierras o los palacios, recogerá alguno de sus descendientes todo ese funesto legado o parte de él. Pero es sobre el niño sobre quien se concentra el esfuerzo más poderoso de esos agentes de sufrimiento y de muerte; es él quien parece condenado a pagar las deudas morbosas de la familia. Según que esas causan sean leves o graves, el niño se libra de ellas, vegeta miserablemente o sucumbe arrastrado por cualquir catástrofe que se cree súbita y que se incuba en la familia, a veces, desde medio siglo atrás. Así es como acaban por extinguirse las enfermedades hereditarias y muchas familias; el niño es como un reactivo viviente para juzgar la gravedad de las unas y el vigor de las otras."

Estas enfermedades son de dos clases: agudas y crónicas. Las agudas son aquellas dolencias que se presentan, se desarrollan y desaparecen sin causar grandes estragos en el organismo del individuo, siempre que hayan sido atendidas debidamente y continuando los tratamientos hasta que todo peligro haya desaparecido y la salud del niño retorne con el mismo vigor que tenía antes del contratiempo. Pero las crónicas, ya no es lo mismo; sin cortar la existencia del niño, lo que en algunos casos sería dolorosamente preferible, estas enfermedades se desarrollan lenta y brutalmente implacables durante toda la vida, a lo mejor una vida larga llena de penalidades sin cuento.

La infeliz madre enamorada, en el primer caso, necesita de toda su serenidad y de la confianza en que de sus desvelos depende la mayor parte de la curación del enfermito; en el segundo... ¿qué hemos de decir? Ante lo irremediable, sólo cabe el milagro cuando la ciencia es impotente para llevar la felicidad a los mártires: el enfermo y la madre. No obstante, el sacrificio y la abnegación son un paliativo del dolor moral, y quién sabe si también una constancia inteligente no puede influir en la salud del doliente hasta el extremo de lograr que desaparezcan los síntomas más dolorosos del padecimiento.

En los dos primeros años de la vida, como quiera que el niño no sabe expresar sus sufrimientos, la madre se desespera rabiosa de su impotencia, de su torpeza, de su falta de habilidad para interpretar un lenguaje intraductible. Hay que tener calma, porque esto ocurre, no sólo a las madres, sino también muchas veces a los mismos médicos La madre no debe asustarse ante estos gritos de su hijo, sino dirigir su atención al estudio de esos síntomas alarmantes y reveladores de que algo anormal viene a turbar su felicidad en la salud del niño.

Un dato importantísimo, consiste en la temperatura: todas las madres debieran aprender el simple manejo del termómetro, instrumento que ni es costoso ni complicado, pero que revela con toda fidelidad el estado febril del paciente. Durante la lactancia, como hemos dicho antes, las afecciones de las vías respiratorias y el intestino son las más frecuentes. La sintomología de las primeras, aunque sea elemental decirlo, se caracteriza por los signos del catarro: tos, espectoración, respiración difícil y un aumento notable de la temperatura. En las del vientre, lo primero que se observa es el endurecimiento del abdomen, seguido de las contorsiones que hace el niño como consecuencia del dolor que padece. Naturalmente, cuando las deposiciones son menores y más difíciles que de ordinario, no cabe duda que la indigestión se acusa con sus caracteres típicos. Puede existir todo lo contrario, o sea la diarrea, que por lo común es verdosa y de mal olor. Las dia-

rreas son más frecuentes en las épocas de calor que en las estaciones frías.

Cuando la madre se encuentre en presencia de estos síntomas, lo primero que debe de hacer es reducir la alimentación del niño, y si, por ejemplo, al día siguiente persisten los síntomas, es cuando debe acudir al médico y no obrar por su cuenta, que es lo que a veces complica un trastorno hasta convertirlo en verdadera enfermedad. En estas ocasiones solemos encontrarnos con los extremos opuestos: o la madre no concede importancia a los trastornos y recurre a la aplicación de remedios empíricos, ineficaces casi siempre cuando no perjudiciales, o, por el contrario, se alarma, y ante el menor síntoma de malestar de su hijo llama al médico, quien al cabo de una hora, cuando va a hacer la visita, se encuentra al chiquillo sin que nada le haya ocurrido.

Así, pues, la madre debe situarse siempre en el justo término medio, necesitando más de la sangre fría que de otra cosa, lo que no quiere decir que se autoricen los descuidos y negligencias, que pudieran ser de fatales resultados. Menos peligros encierra para la salud de un niño la ausencia total de todo tratamiento que la aplicación inoportuna de remedios que no están justificados, y que lo menos que pueden producir es otros trastornos de más difícil curación. "Pocos medicamentos,dice un especialista, pero medicamentos oportunos, justificados por la necesidad y manejados solamente por el médico; fuera de esto, no hay más que peligros: no lo olviden las madres."

En los niños, sean de la edad que fueren, lo primero que hay que hacer cuando se advierten trastornos en su salud, consiste en reducirles la alimentación y meterles en la cama, puesto que el reposo de todo su organismo es uno de los remedios más eficaces para suprimir todos los desarreglos de escasa importancia. Muchas madres acostumbran a purgar a sus pequeños y a administrarles irrigaciones tan pronto como les ven decaídos o se han pasado un día sin mover el vientre. El procedimiento no puede ser más pernicioso, pues el hecho de aplicar este tratamiento sistemático cuando no hay razón para ello puede dar lugar a graves trastornos intestinales, dada la propiedad que tienen los purgantes, cuando de ellos se abusa, de atacar a los tejidos y mucosas del intestino.

Desde luego hemos de preferir la irrigación, pero en pequeña cantidad y siempre a base de agua hervida, al purgante, que por poco fuerte que sea, a la larga no dejará de producir trastornos de importancia.

En todo caso, la madre está en el deber ineludible de observar, con meticulosa atención, todos los síntomas de estos trastornos para exponerlos al médico con absoluta claridad. Muchas madres, llevadas de un cariño que pudiéramos decir equivocado y hasta parricida, si es que puede admitirse la dureza de la frase, ante el temor de que el médico prescriba un tratamiento rígido que a ella puede parecerle antipático, omiten en sus explicaciones detalles y circunstancias imprescindibles para diagnosticar la razón de aquel trastorno, de un estado febril o de otro efecto que, como el niño no puede revelarlo, el médico se encuentra rodeado de dificultades y en medio de un confusionismo enorme, tanto por la evidencia de los síntomas como por las afirmaciones insinceras de la madre.

De una manera instintiva, por decirlo así, la madre sabe la mayor parte de las veces la razón del malestar de su hijo, pero por un prurito inexplicable, como no sea por no revelar al médico su ignorancia, calla aquello que puede poner al investigador en la verdadera pista de las causas que motivaron el hecho. Casi siempre es un exceso de alimentación o la aplicación incorrecta de un medicamento lo que motiva estas complicaciones, desobedeciendo las prescripciones facultativas. La madre silencia estas circunstancias, consciente de su error, unas veces por temor a su marido y otras porque ello equivaldría a demostrar la desconfianza de la eficacia de lo dispuesto por el médico. En estas condiciones, las cosas se complican extraordinariamente y se trata, ni más ni menos, que de engañar al médico, conducta verdaderamente estúpida, puesto que el facultativo, aparte de su amor propio profesional, jamás pierde lo que pierde la madre en estas ocasiones.

A este propósito, dice un autor: "Habrá de contarle especialmente en qué circunstancias, a qué hora y de qué manera se ha iniciado la enfermedad y cuáles son los primeros síntomas advertidos por ella. Si el niño vomitó y no puede presentar el cuerpo del delito, anotará con cuidado su naturaleza; examinará si los vómitos son alimenticios o biliosos, esto es, amarillos o blancuzcos, y, si el niño tierre diarrea, contará, cosa muy importante, el número de sus deposiciones. Repetirá las palabras con las que el pequeño paciente ha designado su mal, ya que los médicos habituados al tratamiento de niños saben traducir muy bien el lenguaje de éstos. No olvidará, en una palabra, ningún detalle que pueda ayudar al médico en la certeza de su diagnóstico."

En cuanto a la acción de la madre en presencia del médico, el mismo autor dice que, una vez el facultativo ante el enfermito, que por su mutismo forzado y por su resistencia al examen hará éste muy di-

fícil, si no imposible, la madre puede ejercer una influencia utilísima, por su firmeza, de una parte, y su habilidad, de otra, para facilitar la investigación del médico. Cuando se trata de niños menores de un año, es bien poco lo que puede hacerse en este sentido, porque, dada la naturaleza instintiva del paciente, no es posible la aplicación eficaz de estos artificios. A partir de esta edad, la verdadera madre ya debe haber educado a su hijo de tal forma que éste se preste con facilidad a que se le examine y ausculte, lo que se habrá conseguido con la mejor arma que tienen las madres: el amor y la paciencia.

Así que el médico haya terminado su examen, la madre escuchará con todo interés todas cuantas advertencias haga el facultativo, y si no comprende alguna de sus expresiones no titubeará en hacérsela repetir tantas veces como sea necesario hasta cerciorarse perfectísimamente de todo lo que ocurre y de cuanto debe hacer. La parte esencial, por no decir que es el todo, estriba en el conocimiento exacto de esos detalles importantísimos que se refieren a las dosis de los medicamentos, las horas fijas de administrarlos, la temperatura que debe mantenerse en la habitación, normas higiénicas, etc. Todo esto, una madre que esté verdaderamente interesada en la curación de su hijo, debe escribirlo al dictado del médico, para que de esta forma exista la garantía de que no podrá olvidársele ningún detalle. Dice Grumberg que, en la lucha, muchas veces terrible, que se entabla contra un enemigo casi siempre oculto, el médico es como un general en el campo de batalla. Traza su plan de ataque después de apreciar las fuerzas del adversario y sus propios recursos, y da las órdenes en consecuencia a su jefe de Estado Mayor, que es la madre, con la que debe contar absolutamente.

Así, pues, cuando la madre recibe estas órdenes y las entiende perfectamente, su ineludible obligación está en cumplirlas al pie de la letra, sin discutirlas siquiera, pues por severas que sean siempre tendrán el poder de vencer al gran enemigo, que es la enfermedad, y que amenaza al hijo, a la madre y al médico. Y agrega Grumberg: "Nada de preguntas que, aunque excusables por angustiosas inquietudes, pueden ser impertinentes y perniciosas, por la posibilidad de que su respuesta disminuya la energía que le es necesaria. Nada, sobre todo, de escenas de llanto o de protestas ante el enfermito, que, aunque muy pequeño, sorprende con maravillosa fineza los más leves matices de lo que se le debe ocultar. Si el tratamiento ordenado es doloroso, hay que evitarle al menos, ya que no se le pueda evitar el sufrimiento, las angustias y los terrores de la previa aprensión."

Con los niños pequeños no cabe el empleo de procedimientos enérgicos y amenazas, que la mayor parte de las veces tienden a traducirse en resultados contraproducentes. Sólo la persuasión y la paciencia, la paciencia siempre, es lo que una madre puede emplear con más éxito para reducir la resistencia del hijo, que jamás se presta a que se le lleve la contraria, y menos aun cuando la enfermedad da lugar a que se le prodiguen mimos y atenciones de que no goza en estado de salud. En efecto, sin que la madre tenga necesidad de hacer dejación de su autoridad legítima, a la que sólo debe apelar en último extremo, por medio de la perseverancia, de una insistencia continuada y tenaz, logrará que el enfermito acepte de mejor o peor gana un nuevo género de existencia que, aunque no sea desagradable, le resultará antipático por ser obligatorio.

La psicología del niño es difícil de comprender exactamente, sobre todo cuando falta el medio natural de expresión, que es la palabra. En este trance la madre ha de recurrir a cuantas argucias leales tenga a su alcance para imponer su autoridad, pero sin insistir en la amenaza de graves males que en la inteligencia del niño pudieran equivaler al principio de una obsesión o a la creación de un estado aprensivo, de donde resultaría bastante peor el remedio que la misma enfermedad. En los niños sensibles no hay nada de efectos más desastrosos que amenazarlos con duendes, brujas y otros seres terroríficos cuyo pensamiento puede afectar hondamente a su sistema nervioso, creándose de esta forma una nueva complicación a la enfermedad, complicación que puede subsistir a través del tiempo, independiente de toda dolencia física. Muchos niños tímidos y miedosos deben su estado intelectual anómalo a las amenazas recibidas y a las impresiones de sustos, de verdaderas contusiones o lesiones psíquicas que no se curan fácilmente.

Estos traumatismos pueden degeneral en gravísimas lesiones mentales. Conozco el caso de un niño a quien su madre amenazó con que le comería una serpiente si no tomaba una purga. La madre, en su buen deseo, explicó al niño lo que era una serpiente: un animal muy largo, como una cuerda gruesa de piel verde, que no tenía patas y se arrastraba por el suelo o subía a los árboles, aunque también algunas veces se introducía en las casas comiéndose a los niños que no querían purgarse.

El chiquillo prestó esa atención que los niños dedican al conocimiento de las cosas extrañas, y después de haber tomado la purga, que es lo que la madre trataba de conseguir con sus imprudentes amena-

zas, durante muchos días siguió inquiriendo detalles de la vida de las serpientes y de todos los reptiles parecidos.

Ya había cumplido el niño los diez años, cuando un día salieron a comer al campo. Seguramente, el pequeño había olvidado cuanto se refería a la serpiente, hasta que al intentar subir a un árbol, cuando ya había llegado a una altura de dos metros, vió una culebra enroscada en una de las ramas próximas. Instantáneamente el pequeño sufrió un ataque de terror, cayendo al suelo. Acudieron sus padres, pero al reconocerle minuciosamente no encontraron la menor contusión en todo su cuerpo, ya que había caído sobre un lecho de piedra. Se le hizo volver en sí al cabo de unos momentos, pero no pudo articular palabra: había perdido el habla. Sólo por señas, al cabo de algunos días, dió a entender que la causa de su desmayo había sido el animal de que tanto le habló su madre en ocasión en que unos años antes se había negado a tomar una purga.

Dos meses más tarde recobró el uso de la palabra. Pero el trastorno psíquico tuvo raíces tan intensas, que pronto empezaron a presentársele acidentes histeroepilépticos que dieron lugar a la epilepsia franca. Así permaneció el niño hasta la época de la pubertad, que los médicos creyeron habría de ser beneficiosa a la resolución de las consecuencias del grave traumatismo, pero no sucedió así: a los dieciocho años hubo necesidad de recluirle en una casa de salud, pues se presentó la demencia precoz con todas sus características inconfundibles. En los accesos tranquilos, se imaginaba ser un santo que tenía en la mirada el poder de matar a todos los reptiles. No he vuelto a tener noticias de este desgraciado, cuyo padre, justo es reconocerlo, era alcohólico, de donde se deduce la influencia morbosa que los caracteres hereditarios ejercieron en la constitución mental del hijo.

Así, pues, nada más perjudicial que valerse de estos medios coercitivos para vencer la voluntad, casi siempre rebelde, de los niños pequeños. Hay que tener en cuenta que, cuanto más débil sea la formación intelectual del pequeño, más hondamente se imprimirán las huellas de estas impresiones, puesto que su discernimiento es incapaz de rechazar las influencias de estas aseveraciones, hechas precisamente por el ser que más confianza ha de inspirarle, como es su propia madre, cuyas palabras y afirmaciones constituyen, en la credulidad del niño, verdaderos artículos de fe.

El miedo no es instintivo, sino que se adquiere, en la mayoría de las veces, en virtud de estas amenazas, casi siempre estériles para el fin que se trata de obtener, pero extraordinariamente fecundas en consecuencias más graves, absolutamente independientes del anhelo perseguido. Y pensando detenidamente en este cúmulo de circunstancias, ¿cómo una madre puede preferir que, como en el caso anteriormente referido, su hijo resulte una desdichada víctima de la torpe conducta materna, inspirada, desde luego, en el amor maternal, a que deje de tomar una purga que siempre hay medios de administrársela casi sin que el chiquillo se dé cuenta de que la ha injerido?

La farmacopea moderna no cabe duda que ha resuelto este verdadero problema médico, fabricando productos como las limonadas, los caramelos y los pasteles purgantes, que si bien no podemos decir que constituyan un sistema completamente aceptable, no cabe duda que resuelven circunstancias y dificultades de mucha mayor importancia que la que tenga en sí el mismo sistema, si es que en su composición entran substancias proscribibles.

LAS MADRES SALVAJES

Madres primitivas y madres modernas.—El infanticidio.—La estética del embarazo.—Sus encantos.—Las negras de Africa, madres inimitables.—El orgullo de la maternidad.—Métodos educativos.—Dos tipos de madre africana.—Magia y embarazo.—La maternidad en Melanesia.—Los esquimales.—La digestión y el descanso.—Maternidad asiática.—En Nueva Zelanda.—La maternidad es instintiva.—La civilización en pugna.

La ternura, el amor maternal, las emociones afectivas, en suma, que a una madre inspiran sus hijos, no es una facultad reservada exclusivamente a los civilizados, ni muchísimo menos. Y diríamos más: diríamos, que a medida que descendemos en la escala de la civilización, esos sentimientos afectivos, en su apariencia grosera, son más puros, inteligentes y prácticos entre los salvajes que lo sean entre los supercivilizados.

La sensibilidad emotiva en lo que se refiere a los afectos más íntimos, no tiene nada que ver con la sensibilidad nerviosa, como no sea para establecer entre ambas, por regla general, una relación inversa. En este punto nos encontramos con la influencia negativa de la civilización, que como hemos visto en otro capítulo ha llegado a rodear a la maternidad de muchos artificios y hasta perjuicios que son absolutamente ignorados, o se consideran delictivos, en los pueblos más antiguos de la humanidad o de cultura más rudimentaria.

Puede decirse, que desde el principio del establecimiento o de la creación del género humano sobre la tierra, el tipo de maternidad era uniforme en toda la superficie del globo, sin duda porque también el instinto se conservaba puro y sin mixtificaciones de elementos completamente ajenos a esos principios que nacen con el individuo y antiguamente morían con él. No podemos olvidar tampoco, siquiera por ser justos, que las condiciones de la vida no eran entonces como hoy lo son, ni económica, ni social ni moralmente. En el primitivismo de las

costumbres, es donde se podía encontrar la pureza de los mejores sentimientos. Claro es, que a medida que el hombre fué progresando, al paso que de la piedra bruta pasaba a la tallada, de aquí a los metales y así sucesivamente, hasta llegar a nuestros días, las necesidades de la Humanidad han crecido y se han modificado de tal forma, que necesariamente hubieron de arrastrar en esa evolución a todos los aspectos de la economía orgánica y social adaptándola a esos artificios más o menos perfeccionados.

En los pueblos salvajes que son pobres, incluso en los que se practica la antropofagia, jamás se sacrifica a un recién nacido, y eso que ello representaría, no sólo una medida previsora de tipo malthusiano, sino que el "manjar" de la carne tierna daría lugar a que por lo menos en un día los padres se diesen un festín necesario a la reposición de sus fuerzas. En cambio, en los países civilizados en los que la influencia de la moral convencional siguen teniendo garras de presa, el infanticidio se practica por todas las clases sociales, aunque con más frecuencia en las más elevadas, en las más ricas, en las más educadas—convencionalmente—, porque el sentimiento falso del honor, supera en su fuerza al instinto noble de la maternidad.

Un salvaje no sacrifica a su hijo ni castiga a su mujer por el hecho de ser madre. Bien es verdad, que más conscientes que las hembras civilizadas de su capacidad procreadora, lo mismo el aborto que los contraconceptivos son remedios que no ignoran. Ya hemos hablado en el volumen anterior de la operación *mika* de los australianos y de los métodos anticoncepcionales usados por otros pueblos; pero esto no obsta para que en el momento en que el parto ocurre, la madre se dé perfecta cuenta de sus obligaciones y responsabilidades en relación con el hijo que ha alimentado en sus entrañas y que ahora debe nutrir con el jugo de sus pechos.

Una mujer salvaje, no se ocupa para nada de la estética, no se inquieta lo más mínimo porque el embarazo la haga "perder la línea", que es a lo que tanto temen nuestras mujeres. A lo sumo, cuando se fajan—conste que hablamos de casi todos los pueblos primitivos—, lo hacen generalmente por medida higiénica, con el fin de impedir los movimientos del útero y preservar al vientre de golpes peligrosos para la buena marcha del embarazo.

En la colonia francesa de Madagascar, las mujeres, lejos de disimular el volumen de su vientre, tan pronto como contraen matrimonio se colocan una especie de faja, que cubren con el vestido, la cual está rellena de lana, de forma que quien desconozca esta extraña costumbre, no titubearía en asegurar que esta mujer se encontraba a punto de dar a luz. A medida que el vientre va aumentando en realidad de volumen, la embarazada reduce el de la faja, de manera que al llegar el momento del parto, puede decirse que no existe la menor diferencia estética entre el estado de gestación y el normal, a no ser que el observador se detenga en el análisis de otros síntomas exteriores. (Lámina III).

Esta costumbre, según me informan, se basa en el anhelo que toda mujer casada tiene de ser madre, lo que puede ocurrir bastante antes de la fecha de la unión matrimonial, ya que las costumbres de este pueblo parecen bastante licenciosas en lo que se refiere al aspecto sexual. Así pues, como consideran un honor la maternidad, al día siguiente de haber realizado el primer acto carnal, procuran disimular su cintura de la forma antedicha. Por otra parte, si el niño nace muerto u ocurre el aborto, lo que se estima como algo deshonroso, o que por lo menos demuestra la incapacidad de la mujer para la más noble misión que debe cumplir en la tierra, este disimulo permite que los convecinos desconozcan la deshonra, que sólo debe revelar el marido, ya que ello constituye un motivo de divorcio. No obstante, la esterilidad, aunque traten de remediarla estos indígenas por medio de procedimientos empíricos, no es conceptuada con la misma dureza que se condena en otros pueblos.

Un viajero francés contemporáneo, René Maran, ha estudiado con detenimiento las costumbres de los pueblos negros de Africa, proporcionándonos datos muy interesantes acerca de la mujer.

Afirma que la maternidad ha sido considerada en todos los tiempos como el estado más honroso de la mujer. La esterilidad de uno de los cónyuges, que casi nunca es atribuida a la mujer, suele ser un motivo esencial de divorcio, ya que se considera poco menos que un deshonor. Una mujer muy fecunda, es considerada en toda la tribu, hasta el extremo de gozar de un prestigio casi religioso, rigiendo para ellas leyes especiales que hacen más leves las penas que lo fueran para una mujer estéril o poco fecunda que hubiese cometido el mismo delito.

La futura madre, cuando advierte los primeros síntomas de un embarazo, no adopta ninguna precaución particular, como no sea en la alimentación, de la que proscribe en absoluto la carne de cabrito y de tortuga, que no vuelve a probar en todo el curso de la gestación. Esta costumbre se observa en el Africa Ecuatorial, creyéndose que la carne de dicho rumiante tiene la propiedad de suprimir la leche, y la de tortuga la de envejecer al niño prematuramente. Tampoco comen carne de cordero, porque su digestión provoca agudos accesos de tos que pueden

dar lugar al aborto a consecuencia de las convulsiones susceptibles de ocasionar la contracción del útero.

Por lo general, las tradiciones de los pueblos negros coinciden unánimemente en afirmar que es un deber inexcusable de la mujer consagrarse por entero a la lactación de su progenitura, lo mismo que se las prohibe toda clase de contactos sexuales durante el tiempo que el pequeño está mamando, y que puede prolongarse por dos y hasta por tres años. Por otra parte, la madre no se ocupa de quitar el pecho al mamón, el cual le deja cuando le parece oportuno. Nada tiene de particular que un negrito de dos o tres años, perfectamente saludable y con casi toda la dentadura completa acabe de comerse un pedazo de carne asada, y pida a continución, como quien ejercita un derecho innegable, el postre de una abundante tetada.

Las negras son, por lo general, madres inmejorables. Jamás pegan a sus hijos por muchas travesuras que hagan, contentándose con reprenderles y negarles los manjares o golosinas que pueden serles más agradables. Entre los bakongos, hasta la época de la dominación europea, se condenaba a muerte a la mujer que se atreviese a levantar la mano sobre un niño, si éste no era de su familia y no había realizado motivos suficientes para merecer tan duro castigo.

Si para una negra el más intimo orgullo estriba en ser madre, no lo es menos el que experimenta cuando puede presentar a sus hijos llenos de salud, en esos dos o tres primeros años que dura la lactancia, con lo que demuestra el verdadero amor que les profesa. Procuran alimentarse, quizás con exceso, con tal de que la calidad de la leche sea inmejorable. Verdaderamente, los hijos corresponden a este amor materno con un cariño sincero y respetuoso, a pesar de que de cuando en cuando el postre y las golosinas sean suprimidos en castigo a sus frecuentes diabluras. No obstante, las madres, con un criterio revelador de la mejor inteligencia, cuando ven a sus críos dedicarse a toda clase de travesuras, lejos de enojarse, se alegran, pues consideran esta actividad del niño como un síntoma de salud, ya que cuando permanecen quietos y callados, creen que los malos espíritus que traen las enfermedades andan rondando la casa para caer sobre los pequeñuelos. Si esto ocurre, la madre abandona por completo todas sus ocupaciones, dedicándose por entero a atender al enfermito. Sus hermanos mayores participan del mismo dolor, y jamás abandonan a la madre, ya que el padre no puede asistirles en estos trances, en los que sólo debe entender la madre y los hijos. (Lámina IV).

Los curanderos de la tribu, no intervienen más que cuando el caso

es desesperado, y eso para invocar a los buenos espíritus o valiéndose de otras fórmulas mágicas. La madre no parece demostrar mucha fe en las prácticas del mago, sino que recurre a todos los procedimientos que conoce o le dictan las demás mujeres. Tan pronto como el pequeño, si está mamando, sufre algún desarreglo intestinal, después de purgarle, generalmente con cocciones de plantas medicinales o con el jugo de las hojas del ricino, le administran un enema, y durante dos días seguidos le retiran el pecho .

Los empachos los solucionan también a fuerza de masaje en el vientre, mientras el chiquillo llora a más y mejor. Si estos procedimientos no dan resultado, se le administra la purga en dosis continuas hasta que hace una deposición. También acostumbran a meterle los dedos en la boca con el fin de hacerles vomitar, fórmula natural de vaciarle el estómago, antes de que digiera la comida que al descender al intestino puede agravar la indigestión.

Una buena costumbre de estos indígenas—de los de casi toda el Africa—, consiste en habituar al niño al baño frío desde que nace. Según el informe de un médico español que permaneció algunos años en Guinea, las afecciones de las vías respiratorias son casi desconocidas por estos salvajes, lo que no duda en atribuir a los magníficos efectos del agua fría. Cuando los niños se muestran reacios a tomar el baño, la madre no tiene el menor reparo en arrojarle al agua aunque la profundidad pudiera ser peligrosa. No se inquieta aunque permanezca unos segundos debajo del agua, al cabo de cuyo tiempo, aunque se le rompa la garganta a fuerza de llorar, le sigue sumergiendo en el baño hasta que considera que ya está bien higienizado. Naturalmente, al cabo de dos o tres sesiones, el chiquillo termina por no demostrar la menor prueba de disgusto, que no ha de servirle para nada.

En estos aspectos es en los que una madre negra puede parecer dura al criterio de los civilizados; pero si tenemos en cuenta que su amor por los hijos está perfectamente orientado, no habría duda en afirmar que cuando una madre no se ocupa de las protestas de su pequeño, es, sencillamente, porque aquello de que protesta el chiquillo es conveniente para su salud. En una ocasión, una pequeña serpiente venenosa, cuya mordedura suele ser siempre mortal, prendió sus colmillos en la pierna de un negrito de cuatro o cinco años. La madre, que en seguida se apercibió de lo ocurrido, sirviéndose de un trozo de vidrio, practicó dos profundas incisiones en forma de cruz, sirviendo de intersección las heridas puntiformes de la mordedura. Con toda tranquilidad, mientras se las apañaba como podía para sujetar al pobre

niño que gritaba desgarradoramente, succionó con fuerza la sangre que brotaba en abundancia de la herida. Cual no sería la intensidad del dolor padecido por la criaturita, que se desmayó. Entonces la madre, después de estrujarle amorosamente contra su pecho, puso al fuego un clavo de unos veinticinco centímetros, retirándolo cuando estuvo al rojo vivo. La abnegada mujer, que no tuvo la precaución de coger el clavo para no quemarse, se abrasó los dedos; pero no por esto soltó el hierro candente, hasta que no hubo achicharrado, materialmente, la carne de la herida. El niño volvió de su desmayo por los efectos de la terrible quemadura y reanudó sus gritos de dolor, pero la madre, impasible, hasta que no se hubo convencido de que la carnecita estaba bien quemada, lo que hacía imposible la presencia del terrible veneno de la serpiente, siguió aplicando el clavo a la llaga. Después acostó al pequeño, y con el semblante ennoblecido por el dolor, fué a curarse de las quemaduras que se había causado por su imprudencia. Esto no importaba, ni tampoco que hubiera sufrido su hijito las consecuencias de la terrible cura: lo importante es que la serpiente no le había matado.

Conozco otro caso de la sublime abnegación de estas mujeres, cuyos sentimientos maternales, repito, los creo más sensiblemente desarrollados que en las damas más encopetadas de nuestra moderna civilización.

Unas moras lavaban sus ropas en un río en las proximidades del campamento español de Targuist (Rif Central), en tanto que varios pequeñuelos, hijos de las lavanderas, se entretenían jugando por los alrededores. Cuando ya casi de noche abandonaron la tarea, uno de los niños, de tres años de edad, no respondió a las llamadas de su madre. Después de buscarle durante más de una hora, la desdichada madre encontró su cadáver, horriblemente destrozado por los lobos. Los animales huyeron, pero uno, el más viejo de la manada, siguió mordisqueando en los restos del pobre niño, amenazando a la madre, quien enloquecida por el dolor se arrojó sobre el lobo, entablando con la fiera una lucha terrible. A los gritos que daba la infeliz, acudieron sus compañeras que seguían buscando por el bosque, y cuando llegaron, se encontraron a la mujer mal herida y al lobo muerto, arrojando abundante sangre por la enorme herida que la desesperada mujer le había abierto en el cuello con los dientes, seccionándole la yugular. La madre era una joven de diecisiete años, hija de un moro notable de la kabila de Targuist, y había enviudado hacía tres meses, quedando embarazada de cinco.

No pretendemos, en virtud sólo de estos hechos, afirmar que una madre civilizada no fuese capaz de hacer otro tanto si las circunstancias fuesen idénticas a las relatadas; pero sí hemos de decir que estas salvajes, puramente instintivas si se quiere, desdeñan toda clase de sensiblerías cuando algún peligro amenaza la salud o la vida de sus hijos. El amor maternal las endurece el corazón en la ansiedad nobilísima de protejer a sus hijuelos contra las amenazas más graves.

El hecho de que la mayor parte de las mujeres de estos pueblos no observen rigurosas reglas higiénicas durante el embarazo, no quiere decir que le descuiden ni que no se den perfecta cuenta de su estado, sino que considerando la gestación como un fenómeno natural, y nunca una enfermedad, estiman que todo aquello que se haga para aliviar sus molestias y trastornos es tan perjudicial como hacerse una sangría, tomar una purga a un contraveneno, sin que lo justifique una congestión, una indigestión o la mordedura de un animal venenoso. Esta es la teoría que sostienen las negras africanas, que como vemos, no carece de la mejor lógica. En cambio, cuando el embarazo llega a los últimos meses, usan fajas de tela fuerte o de aros de mimbre, para evitar "que el niño salga antes que la madre sienta los dolores, porque al no sufrirlos, el niño no la agradecería nunca que le hubiese parido ni la profesaría ese cariño que nos inspiran los seres que sufren por nosotros".

Dice Ellis que el desarrollo de un sistema industrial que subordina el cuerpo y el alma a la sed de oro ha hecho que, durante algún tiempo, se olvidaran los intereses de la raza y aun los individuales; "pero bueno será hacer constar—agrega—que no siempre, ni en todas partes, ha ocurrido lo mismo. Aunque en algunos puntos del mundo las mujeres de los pueblos salvajes trabajan hasta el momento del parto, hay que tener en cuenta que el trabajo de la vida salvaje no es ni tan rudo, ni tan continuo como el de las fábricas modernas. En muchos lugares de la tierra, sin embargo, no se permite a las mujeres trabajo fatigoso alguno durante su embarazo, y son rodeadas de todo género de consideraciones. Esto ocurre, por ejemplo, entre los indios y los judíos de Méjico. Lo mismo ocurre en las Carolina y en las islas Gilbert, y en otras muchas regiones del globo. En algunos puntos, las mujeres son recluídas durante su embarazo, y en otros se las obliga a observar más o menos excelentes reglas. Cierto que la causa principal de estas reglas es frecuentemente el temor a los espíritus; pero, sea lo que sea, el caso es que tienen un valor higiénico indudable. En algunos sitios, el descubrimiento del embarazo es el origen de fiestas de mayor

o menor carácter ritual, y la futura madre recibe en ellas infinidad de consejos. Los musulmanes vigilan cuidadosamente la salud de sus mujeres embarazadas, y lo mismo hacen los chinos".

Entre los salvajes de la Melanesia, tan pronto como la mujer descubre los síntomas de su primer embarazo lo notifica a su marido, y seguidamente empiezan los ritos y fiestas que solemnizan este estado. Puede decirse que el fundamento de estas ceremonias es esencialmente mágico, por lo que se pretende conjurar los peligros que según las supersticiones indígenas amenazan al embarazo.

Aunque en el volumen siguiente hemos de ocuparnos de estas supersticiones, reseñaremos someramente las costumbres y prácticas higiénicas que observan estos indígenas desde los tiempos más remotos, con lo que no dejan de darons prueba de una inteligencia y una comprensión que muy rara vez muestran, colectivamente, los pueblos civilizados.

Los baños fríos que en todo época toma la mujer, y cualquiera que sea su estado, han de ser diarios durante el embarazo. Las razones que aducen estos indígenas afirman que el baño beneficia siempre la salud de la madre y la del hijo, a más de que todo aquello que jamás perjudica, siempre habrá de resultar útil.

En cuanto a la alimentación, a partir del quinto mes del embarazo la mujer se abstiene de comer frutas y productos feculosos, en la creencia de que estos alimentos, que producen gran cantidad de materia fecal, harían que el vientre del niño se llenase de excrementos, no tardando en morir. Desde luego, las relaciones sexuales se interrumpen a medida que aumenta el volumen del vientre.

Estiman estos indígenas que la leche materna, por lo general abundante y de buena calidad, no es suficiente para las necesidades alimenticias del niño, y en su consecuencia, al cabo de dos o tres semanas, complementan las tetadas haciéndole tragar una papilla de harina muy cocida, que masca la madre u otra mujer cualquiera, dándoselo con su propia boca. Desde luego, este método de alimentación no parece producir trastornos de importancia en el niño como por lo general ocurre entre los civilizados. Al año ya le hacen comer pescado mascado. Al preguntarse a una indígena por qué masticaban los alimentos que había de ingerir su hijo, contestó, sencillamente, que porque la saliva del niño carecía de fuerza para hacerlos digeribles.

Al llegar la época del destete, el niño duerme con la abuela o con el padre, y para callarle se le pone al pecho de la abuela, del que, naturalmente, no saca nada. También se acostumbra a destetarle con agua

de coco; esto se hace hacia los dos años, cuando el niño está cansado de comer toda clase de manjares, a excepción de las carnes, que son consideradas indigestas.

En casi toda Oceanía, sobre poco más o menos, las costumbres vienen a ser idénticas. Aunque las madres hayan de atender a las faenas domésticas, éstas se desatienden antes que las necesidades del niño, al que puede decirse que se sacrifican, puesto que no consideran que exista nada más hermoso y honorable que criar a los hijos sanos y robustos, y, sobre todo, muy limpios.

El hecho de que una madre no tenga leche se estima poco menos que como una desgracia irreparable, y cuando el niño no progresa mediante la alimentación artificial, casi siempre a base de leche de coco y papillas de diversas clases, si enferma, se le deja morir, sin que la madre muestre gran sentimiento, a la inversa de lo que ocurre cuando el crío es amamantado normalmente, pues su muerte da lugar a verdaderos duelos, transcurriendo varios meses, cuyo tiempo es bastante para llevar el consuelo a la infeliz madre. En este detalle encontramos una prueba indiscutible le que el amor maternal está en relación directa con el grado de intimidad de las relaciones con su hijo, siendo las principales las derivadas de la lactación natural.

Respecto a la alimentación de los niños en los pueblos salvajes, se conocen datos muy interesantes aportados por los viajeros y etnólogos, pero demostrativos todos de que las madres jamás dejan de cumplir con los sagrados deberes de la maternidad, pues ello se castiga como una deshonra, cuando no como un crimen.

Entre los esquimales, cuando el niño nace proceden a practicar ciertas operaciones, con el fin de hacerle expulsar el meconio y mucosidades que tuviese alojadas en cavidades bucofaríngeas. Consideran que la primera leche de la madre resultaría nociva para el recién nacido, por lo que durante cuatro o cinco días sólo le dan a chupar un pedazo de carne cruda y algunas gotas de agua. Cuando la madre comprueba que la leche es ya de buena calidad, le da el pecho, pero sin orden ni concierto, mamando el niño cuando y cuanto le apetece.

En Loango, durante los primeros días del nacimiento, sólo le dan de comer una papilla muy diluida hecha a base de harina de palmera; pero de tres en tres horas, durante el día. Por la noche, aunque llore, que bien puede ser de hambre muy legítima, jamás se le da la menor partícula de alimento, porque afirman estos indígenas que la alimentación y el reposo no son nunca buenos para el estómago, aparte de que las malas digestiones dan lugar a que se tengan sueños de la peor

significación, tales como de malos espíritus, monstruos, serpientes y otras apariciones por el estilo, que, impresionando la débil imaginación del niño ,pueden hacerle miedoso hasta el punto de carecer de valor cuando en realidad haya de enfrentarse con esos enemigos.

En el Sur de la India, cuando el niño rechaza el pecho de la madre, es llevado al bosque abrigado para que no tenga frío, y allí se le deja durante un día entero expuesto a las picaduras de las aves e insectos. Cuando llega la noche, le recogen, y la madre vuelve a ponerle el pecho; pero si el chiquillo vuelve a rehusarlo, convencida de que el chiquillo es la encarnación de un mal espíritu, lo arrojan a los ríos sagrados sin más contemplaciones.

En Annam, según el Dr. Mondière, una mujer que esté criando, no tiene inconveniente en dar de mamar a cualquier niño, a condición de que antes haya mamado de su madre, pues si así no fuera, la mujer estaría expuesta a las enfermedades y a la muerte. Lo mismo que dan el pecho a un niño, se lo dan a un cerdo que acabe de nacer. El observador ignora las razones de estas extrañas costumbres, que se practican de siempre entre los annamitas.

En Calabar, tan pronto como el niño nace, la madre le fricciona todo el cuerpo con arena muy fina y después con jabón y agua, hasta dejarle bien limpio. Hasta el tercer día no le dan ningún alimento; solamente le echan agua en la boca, con el fin de lograr una dilatación rápida del estómago, de cuya forma estiman que podrá contener mayor cantidad de alimento, engordando y creciendo, en consecuencia, con mayor rapidez. En Tonkín se les hace comer arroz hervido y se les da a chupar trozos de pescado seco. Por este procedimiento, el chiquillo experimenta la necesidad de beber, a consecuencia de la intensa sed que le produce el pescado, y entonces mama cuanto quiere. Las madres tonkinesas estiman que cuanto más mame, más pronto desarrollará el pequeño. Por lo general, pese a este método que en buena higiene ha de parecernos desacertado, los lactantes se crían perfectamente, sin que las cifras de mortalidad alcancen las cifras que se obsevan en algunos países civilizados.

En ciertas regiones de la India, la maternidad goza de tal prestigio, que una mujer lactante o embarazada, puede exigir una rebaja en aquellos artículos alimenticios convenientes a su estado o necesarios para la nutrición del pequeño. En cambio, cuando la mujer no tiene leche para amamantar al niño, nunca se recurre a la lactancia artificial ni a la proporcionada por otra mujer, sino que se deja a los recién nacidos hasta que mueren de hambre.

Entre los indígenas brasileños, las mujeres que son madres cumplen con sus deberes maternales con un magnífico interés, mimando y cuidando a sus hijos, sin importarles nada las sacrificios y trabajos que impone esta función. Suelen darles el pecho hasta que cumplen los dos años, y durante este tiempo, si practican el coito, lo hacen con toda clase de precauciones para no quedar embarazadas de nuevo, lo que daría lugar a que muriese el feto por falta de alimento, en virtud de que no se le puede negar la leche al niño que ya ha nacido y se está criando.

Los indios de los Estados Unidos consideran tan sagrada la maternidad, que después de las frecuentes expediciones de caza que celebran, convocan a las mujeres que están criando para que elijan la parte mejor de las piezas cobradas. Cuando el niño está enfermo y se teme por su vida, se hacen rogativas y sacrificios a los espíritus, con el fin de impetrar la protección de los enfermitos, a la vez que las madres son colmadas de atenciones de todo género para hacer más soportable el sufrimiento que le produce la enfermedad del hijo.

En Nueva Zelanda, desde que el niño nace hasta que aprende a andar, la madre le lleva constantemente en brazos o lo sujeta a sus espaldas durante el trabajo, no dejándole solo ni un instante, por ser creencia que los malos espíritus acechan constantemente a las criaturas, a las que se llevan aprovechando el menor descuido de la madre. El destete lo realizan al llegar el segundo año, dándole de comer vegetales muy cocidos y reducidos a papilla, mezclados con aceite de hígado de algunos pescados, con el fin de que a la vez que sirve de alimento, favorezca las digestiones.

Estas indígenas acostumbran a administrar irrigaciones a sus pequeños tan pronto observan el menor desarreglo intestinal, sirviéndose de una calabaza especial de largo apéndice, el cual sirve de cánula. En el extremo opuesto practican una abertura, por la cual soplan para conseguir que el líquido penetre con facilidad en el intestino del niño.

El purgante que utilizan con preferencia es el agua del mar, después de haberla hervido y mezclado con el jugo de plantas aromáticas.

En todos los pueblos citados no cabe duda que las mujeres, de una manera más o menos instintiva, pero desde luego desprovista de notables artificiosidades, cumplen la noble misión de la maternidad conscientes de su significado de honrosa obligación. Pero la maternidad, por lo general, no está sola: el padre, que naturalmente no ha de tener las mismas obligaciones ni le es posible prodigar al hijo los mis-

mos cuidados para los que la madre está naturalmente dispuesta, respeta a su mujer y se somete en absoluto a todas sus decisiones, especialmente en lo que al aspecto sexual afecta, sin perjuicio de que tenga libertad para utilizar los servicios eróticos de otra mujer, al menos durante los últimos meses del embarazo y el año primero de la lactancia.

Al vivir más en contacto con la Naturaleza, y teniendo en cuenta la lentísima veolución de las costumbres, que apenas sí en algunos pueblos ha podido modificar la influencia de los europeos, las razas siguen desarrollándose con arreglo a las normas primitivas que hemos de considerar como las más naturales y positivas.

Por eso, para que nuestra raza supercivilizada, de enorme valor intelectual, pudiera gozar de un prestigio físico equivalente, tendríamos que empezar de nuevo toda nuestra historia, habría necesidad de apartarse un tanto de las normas de civilización y volver por los fueros positivos de la Naturaleza.

Pero esto no es posible: a las condiciones artificiales de nuestra vida, no pueden oponerse otros remedios que no sean también artificiales. Nos encontramos encerrados en un círculo vicioso, y a fuerza de dar vueltas y más vueltas, no sólo la energía física, sino también la sentimenetal, han iniciado un período de decadencia que nos aproxima más a lo que condenamos en los salvajes, que lo que necesariamente hemos de reconocer en ellos como verdaderos signos de indiscutible superioridad.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

EL DERECHO A SER MADRE

El instinto de la maternidad.—Concepto moderno.—Madre y no esclava.—Un hijo por el hijo mismo.—Independencia entre la procreación y el amor.—¡Siempre la vieja moral!—Las madres libres.—En Cambodge.—La madre soltera en la civilización.—Conquistas del feminismo.—Su relación con la maternidad voluntaria.—El papel del hombre es secundario.—Responsabilidad femenina.—La protección del Estado.—Rezones de derecho natural.—La espada de Damocles 9

LA PROTECCION DE LA EMBARAZADA

El puntal de la raza.—La maternidad en las civilizaciones antiguas.—Las reformas renacentistas.—La embarazada, tipo de belleza.—Razones de la decadencia de la maternidad.—Bases de la protección.—El trabajo enemigo de la maternidad.—El ejemplo de los hebreos.—El semen que fortalece al feto.—El descanso durante el embarazo.—La civilización y los nacimientos prematuros.—El problema en Francia.—La maternidad secreta.—El seguro de Maternidad..... 21

EL DERECHO DEL HIJO

Elección de la ascendencia.—Exigencias y obligaciones.—Descanso después del parto.—El derecho de los hijos y el interés del Estado.—Maternidad e imperialismo.—La atracción del hogar.—Sensiblería y positivismo.—Los derechos del hijo en las legislaciones extranjeras.—Ineficacia de los subsidios.—Bases del porvenir de la raza.—El Estado, nodriza.—Consecuencias morales.—La solución es lejana..... 39

LOS GRAVES DEBERES DE LA MATERNIDAD

Maternidad y lactancia.—Las diatribas de Rousseau.—Las esclavas de la línea.—La industria criminal de las amas de cría.—Lactación y amor maternal.—Ra-

Páginas

zones psicológicas.—Lo que dicen las estadísticas.—Perjuicios de la alimentación.—Composición de la leche.—Los progresos del niño.—El llanto del niño.—La madre, principal intérprete.—Régimen de alimentación.—Lactancia artificial.—La buena nodriza.—El destete 51

ENFERMEDADES DE LA PRIMERA INFANCIA

La educación de la madre.—Escuelas de Maternidad.—Un servicio obligatorio.—Principio de la dentición.—La ignorancia.—Síntomas de enfermedades.—Bronquitis y gastroenteritis.—Las enfermedades contagiosas.—La herencia.—La madre y el médico.—Cuidados preliminares.—Parricidios por amor.—Efecto negativo de las amenazas.—No hay que asustar a los niños.—Un caso.—Los purgantes..... 67

LAS MADRES SALVAJES

Madres primitivas y madres modernas.—El infanticidio.—La estética del embarazo.—Sus encantos.—Las negras de Africa, madres inimitables.—El orgullo de la maternidad.—Métodos educativos.—Dos tipos de madre africana.—Magia y embarazo.—La maternidad En Melanesia.—Los esquimales.—La digestión y el descanso.—Maternidad asiática.—En Nueva Zelanda.—La maternidad es instintiva.—La civilización en pugna..... 81

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I

Madres solteras de Cambodge..... 33

LAMINA II

Diosa del embarazo..... 34

LAMINA III

El anhelo de ser madre..... 48

LAMINA IV

Madre salvaje..... 49